11019

JUSTO DE LARA.

LOS TRIUNFADORES

DRAMA EN DOS ACTOS

Y UN EPILOGO.

HABANA.

IMPRENTA "EL COMERCIO TIPOGRAFICO"

CALLE DE LA AMARGURA NUM. 32.

1895.

15

JUSTO DE LARA

LOS TRIUNFADORES

DRAMA EN DOS ACTOS

Y UN EPILOGO

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ CON EL TÍTULO DE
«LA LUCHA DE LA VIDA,»
EN EL TEATRO DE TACÓN LA NOCHE DEL 27 DE MARZO DE 1895
Á BENEFICIO DEL PRIMER ACTOR DON RICARDO VALERO.

HABANA
Imprenta "El Comercio Tipográfico," Amargura 32.
1895

AL EMINENTE ACTOR D. RICARDO VALERO

que con su talento de artista y de Director de escena, obtuvo para esta obra el éxito de su primera representación, dedico "Los Triunfadores" en testimonio de agradecimiento.

EL AUTOR AL LECTOR

El público y los críticos han estado harto indulgentes con esta obra, escrita en menos de cuatro días para el objeto especial de una función á beneficio de mi amigo el primer actor don Ricardo Valero.

Doy las gracias á todos los que me ayudaron al éxito, á mis buenos compañeros en la prensa y á los artistas que tanto se esmeraron para que el drama, realzado por sus intérpretes, fuese digno de aplauso, con especialidad la eminente actriz doña Luisa Calderón, que alcanzó en el acto último un triunfo merecido y ruidoso.

He tenido que aceptar todas las justas observaciones que se me han hecho pasada la representación. Al acto tercero lo he titulado *epílogo* comprendiendo que no es, en realidad, el desarrollo de la trama que termina en el segundo, sino la demostración de su frase última. En el primer acto y en el propio segundo, he añadido algunas frases para aclarar el argumento. En el estilo, que tan inmerecidos aplausos alcanzó, porque las incorrecciones no pueden advertirse en la audición, me he visto obligado á bastantes enmiendas. Por último, he conservado al drama el título de Los Triunfadores, que le puse al escribirlo y no el otro con que hubo de representarse, ni original ni apropiado.

669320

De las demás censuras no he tomado cuenta siquiera. No se refieren al lenguaje, ni á la ejecución, sino á la falta de realismo, á la *inverosimilitud* que posée á juicio de críticos menos benévolos. Esto bastaría para envanecerme, si fuera la soberbia mi defecto, porque la inverosimilitud es el lunar que se ha encontrado siempre por criterios miopes á todas las grandes producciones dramáticas. ¡Es tan fácil decir que una escena *pugna con la realidad!* Y sin embargo, la decantada realidad ¿quién sabe cual es?

Nada hay menos inesperado, nada hay menos lógico que los mismos hechos de la vida común. Todos los héroes en los dramas reales del mundo, sufren y caen cuando existen, indudablemente, remedios para sus males, pero remedios que vé, pasada la crísis, el que desde fuera ha contemplado los hechos y desempeña el cómodo papel de juez y no el difícil de actor. ¿Qué suicidio, bien analizado, no es un absurdo? ¿Qué crímen, què maldad, cuando se examina de cerca, no es una obra que parece hija de la locura? ¿Qué gran conflicto de la existencia, no tiene su solución práctica á lo Sancho Panza, encontrada siempre tarde? ¿Dónde está el ser humano que en todos sus actos procede con la lógica del matemático cuando resuelve un problema? ¡La inverosimilitud, la famosa inverosimilitud, es la vida misma!

Al autor dramático, por consiguiente, solo puede pedírsele que copie lo que ha pasado ó deduzca de ello *lo que puede pasar*, porque, como dice uno de los personajes de mi obra—y es idea bien sabida y aceptada por la experiencia—no hay dramaturgo, ni novelista, que pueda con sus invenciones superar ni igualar siquiera la realidad.

Se ha creido imposible lo que pinto en el primer acto ó sea que el Marqués de Urrutia y todos los invitados en casa de D. Justo Pimentel, abandonen á este como un enfermo del cólera, al saber que repentinamente había quedado en la miseria. Pues yo he visto á un hombre, rodeado de varios amigos que le felicitaban

por una cuantiosa herencia, quedarse casi sólo cuando anunció que estaba desheredado.

Se ha dicho que es inverosímil que Luisa, la protagonista de Los Triunfadores, haya huido de Ramírez, el protector de su familia, para luego arrastrarse por el fango de una vida horrible, porque no encontrara á ese noble Ramírez cuando le buscó. Y yo digo que en el carácter de una joven, criada como la hija de un banquero millonario, lo más natural es la soberbia á raiz de la deshonra y el infortunio y que después no encontró á Ramírez porque no siempre el destino tiene á los protectores tan cerca para cuando se necesitan y lo general es que los pocos Ramírez que se conocen lleguen á las catástrofes finales, como una ironía de la suerte, cuando ya es inútil su presencia.

Hubiera querido, para complacer á las muchas personas sensibles que sólo desean en este mundo el bien y la dicha de los demás, casar á Luisa con Ramírez, y castigar á los infames del drama. Pero ¡ay! el *hecho* no pasó así. La verdadera Luisa, la que pude conocer en el sombrío hospital donde murió, tuvo el desenlace de la heroina de Los Triunfadores, después de haber tenido su historia tristísima. ¡Hecho *inverosímil!* ¡hecho que pugna con *la realidad;* pero todavía, cuando lo recuerdo, me llena de espanto!

Justo de Lara

PERSONAJES	ACTORES
LUISA PIMENTEL	Sra. Calderón.
LA MARQUESA DE URRUTIA	» Calle.
LA BARONESA DE RUIBAL	» Valls.
AZUCENA	Srta. Moreno.
LA SRA. DE MARTINEZ	Sra. Blasco.
LA SRA. DE AVENDAÑO	» Villar.
HERMANA DE LA CARIDAD	» Echeverría.
JUANA	» Segueda.
D. ANDRES RAMIREZ	Sr. Valero.
D. JUSTO PIMENTEL	» Ferrando.
EL MARQUES DE URRUTIA	» Terradas.
D. DIEGO DE AVENDAÑO	» Benavides.
JORGE	» S. Pozo.
D. LUIS MARTINEZ	» Garrido.
EL DOCTOR	» Letre.
UN CRIADO	» Moreno.
OTRO CRIADO	» Delgado (L.)

Madrid.—Epoca contemporánea.

Es propiedad del autor.—Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo son los encargados del cobro de los derechos de propiedad.

ACTO PRIMERO

Lujosa sala de recibo en casa de don Justo Pimentel. A la derecha una puerta que conduce á las habitaciones de Luisa. Dos puertas á la izquierda. Puerta en el fondo, por donde se ve una galería de entrada.

ESCENA PRIMERA

LUISA, LUEGO JUANA.

(Luisa elegantemente vestida, como en noche de recepción en su casa. Se acerca al espejo, arreglándose el peinado.)

LUISA.—¡Qué pálida estoy!... ¡Dios mío! ¿Me encontrará hoy tan bella como siempre? ¡Jorge! ¡Jorge! Nunca podrás comprender hasta que punto te amo y cuan inmensa ha sido mi prueba de amor! Yo soy una miserable engañando al padre más bueno; pero Dios tendrá piedad de mí! Mi boda se efectuará dentro de un mes y él nunca sabrá su deshonra.....

¡Pero es en vano que pretenda disculparme así! El pecado es pecado siempre, aunque permanezca oculto y Dios, para quien nada se esconde, y á quien tan vanamente imploro, no deja de castigar al pecador..... ¡Estoy llorando! ¡Si papá viniera! ¡Lágrimas, no me vendáis! Es preciso estar hoy mas alegre y risueña que nunca. Pero ¡ay! hace dos meses que estoy fingiendo y ya no puedo más. *(Llora. Entra Juana. Luisa lanza una esclamación, creyendo que es su padre, pero al verla se arroja en sus brazos.)* ¡Juana! ¡Juana! ¡Cuán inmensa es nuestra culpa!

JUANA.—Serénese usted señorita y no llore así, porque va usted á revelar su pena y su padre habrá de preguntarle..... Pues ¡no es nada! Usted tan feliz y juguetona siempre, usted su encanto y alegría, hecha un mar de lágrimas y en una noche de recepción....

LUISA. — ¡Ay, Juana! ¡Es que no tengo ánimo para tanta comedia! Si hubieras visto esta mañana el heróico esfuerzo que necesité hacer cuando vino papá como de costumbre á saludarme con un beso en la frente! ¡Aquel semblante tan noble, tan confiado, tan puros aquellos ojos en que resplandece siempre una conciencia límpida, me parecía que lanzaban sobre mí acusación horrenda! Tu conoces mi carácter, Juana. Tu sabes que soy incapaz de la hipocresía y que sé valientemente arrostrar el peligro y responder de mis actos. La hija de don Justo Pimentel no puede engañar..... ¡Ay! ¡Por esto, por esto, no puedo engañarlo á él!

JUANA. — (*Aparte*) Va á perderse y á perderme. Si don Justo la encuentra en semejante situación de ánimo, es capaz de confesarle todo. (*Alto.*) Pero señorita ¿no ha de venir esta noche el Marqués á pedir á don Justo la mano de usted para el señorito Jorge?

LUISA. — ¡Sí! (*Serenándose.*)

JUANA. — ¿No se ha de señalar cuanto antes el día de la boda?

LUISA. — ¡Sí!

JUANA. — Pues entónces! Modere usted ese llanto inútil y componga su rostro; reprima esa palidez; parece una muerta. ¿Se ha olvidado usted de que el señorito Jorge va á venir á las nueve?

LUISA. — (*Mirándose de nuevo al espejo.*) ¡Es verdad! ¡Todo, todo menos parecerle fea! ¡Naturaleza de mujer! Puedo como amante lo que no puedo como hija..... Juana: faltan pocos minutos. Me arreglarás en mi habitación, porque quiero esta noche lucir más linda que nunca ¿sabes?..... (*Se dirigen á la derecha.*)

UN CRIADO. (*En la puerta.*)—Don Andrés Ramírez.

LUISA. — ¡Jesús! ¡Ese hombre tan odioso; siempre vaticinando males y murmurando de todo el mundo! ¡No quiero verlo! (*Se apresura á salir, pero no tiene tiempo. Andrés se presenta en la puerta y la saluda inclinándose. Juana se retira*)

ESCENA II

—

ANDRÉS Y LUISA

ANDRÈS.—(*Aparte.*) ¡Esa niña ha llorado!

LUISA. — (*Con cortesía y frialdad*) Señor Ramirez, bien venido. Me disponía á retirarme á mis habitaciones

unos momentos..... Usted perdonará..... En el acto vendrá mi padre.....

ANDRÉS.—De modo que mi señor don Justo se encuentra perfectamente.

LUISA.— Sí señor, gracias. Ahora mismo va usted á verle.....

ANDRÉS.—Pues no encontrándose mal don Justo, y siendo esta noche, al parecer, en esta casa, noche destinada á la alegría (*bruscamente*) ¿por qué acababa usted de llorar, Luisa, cuando yo entré? Le parecerá á usted algo extraña la pregunta, le parecerá rara, como mía al fin, atrevida, si usted quiere, pero, soy franco y curioso y mi curiosidad, aunque parezca mala educación.....

LUISA.— (*Enojada.*) ¡Yo no he sido quien lo he dicho, señor don Andrés.....!

ANDRÉS.—Pues, aunque parezca mala educación, repito, es un sentimiento inspirado únicamente en la simpatía que á usted profeso. Yo debo mucho á su padre.

LUISA.— (*Riéndose.*) Muchas gracias. Siempre dice usted lo mismo; pero es usted tan original!

ANDRÉS.—Original me llaman todos, hija mía, y en realidad los originales son los otros..... Ahora mismo, por ejemplo, el que ha llorado, no soy yo, es usted. El único rasgo extraño aquí no ha sido el mío, por consiguiente..... Es noche de recibo, noche en que según se anuncia en los mejores círculos sociales, el Marqués de Urrutia pedirá á don Justo Pimentel la mano de su hija para el futuro Marqués. Llego, como antiguo amigo de la familia y me encuentro llorando á la hija de don Justo. Don Justo está bien de salud, perfectamente. (*Deteniéndose.*) ¡Ah! ¿Es, acaso, que el caballerito Jorge está enfermo?

LUISA.— No señor, dentro de un rato estará aquí también.

ANDRÉS.—¿Tampoco ha sido entonces querella de novios? Pues hija mía, confiese usted que el original no soy yo, sino que la original y muy original es usted, que llora sin motivos.

LUISA.— Pero ¿de dónde ha sacado usted que yo he llorado? Usted, señor Ramírez, tiene la manía de hacerse el muy profundo observador.....

ANDRÉS.—Como que es imposible que algo se me escape.

LUISA.— Y en vez de ser muy observador, lo que, tal vez, sea usted, es muy indiscreto. (*Lo saluda friamente y se retira.*)

ESCENA III

ANDRÈS

ANDRÉS.—(*Sigue á Luisa con la vista un momento, pero sin enojo.*) Me gusta esta muchacha: es todo un carácter. La cascara es amarga, cierto, pero el corazón es de oro.

(*Pausa.*) Pues señor; me aburría soberanamente en esta sociedad de Madrid, donde me dedico á falta de mayor entretenimiento á tomar nota de las flaquezas humanas y agotado ya el campo de mis observaciones me parece que en casa de don Justo Pimentel he encontrado cosecha excelente. Lo siento..... lo siento..... Esta familia no merece sufrir..... ¡Oh miserias del corazón, sois inagotables! Aquí en la morada del justo don Justo, padre bueno de una chica excelente; aquí, en la morada de don Justo, el probo, el hombre que es la demostración viviente de que las excepciones confirman la regla, porque si todos tenemos, en más ó menos grado, inclinaciones bastardas, él parece no tener ninguna, hasta el punto de satisfacerme á mí, crítico y murmurador harto descontentadizo; aquí, donde solo debe haber paz y alegría, comienzan ya los llantos y los quejùmbreos... Y, no es estraño, no es estraño, después de todo. El diablo ha metido la cabeza por estas puertas; porque no es poca diablura casar á Luisa con Jorge de Arencibia. ¡Boda desgraciada! ¡Si yo la pudiera evitar la evitaría; pero aunque me importa cuanto se relaciona con don Justo Pimentel, no tengo el derecho de que me importe. Nada puedo hacer: el mundo en estos casos, llama entrometimiento y malicia á lo que solo es filantropía y buen deseo.

ESCENA IV

ANDRÈS, DON JUSTO (*por la izquierda.*)

D. JUSTO.--Señor Ramírez, usted perdone haber esperado, ignoraba el honor que usted nos hacía.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) Parece contento. O yo me engañé y aquí no pasa nada, ó este pobre don Justo sabe tanto como yó. (*Alto.*) Muchas gracias, amigo mío, he aguardado bien poco. (*A una señal de don Justo ambos se sientan.*)

D. JUSTO.--Hace tiempo, señor don Andrés, que no teníamos el

gusto de verle. Parece que en esta casa apacible, de un viejo viudo con una hija única, no se ofrecen muchos atractivos al elegante y mundano señor Ramírez.

ANDRÉS.—Pues diré á usted. La verdad es, que en cuanto á lo que yo entiendo por atractivos, no se me ofrece ninguno.

D. JUSTO.--¡Usted siempre tan original!

ANDRÉS.—¡Original! ¡Cuándo dejaré de oír esa palabra! Yó, señor don Justo, convencido de que no hay autor dramático, ni poeta, ni novelista que pueda con sus invenciones superar ni igualar siquiera la realidad, me he decidido á ser espectador en esta interminable comedia de la vida, observando á los otros, sin tomar parte en sus acciones. Yo, por consiguiente, soy el menos original de todos. Tengo en mi naturaleza algo de don Quijote, porque á veces me siento con arranques de enmendar el mundo y hacer justicia repartiendo mandobles á los muchos pillos que andan por la tierra y premiando con reinos é ínsulas á los pocos, muy pocos buenos que existen. En esto sí confieso que soy original, porque don Quijote era el más original de los humanos: pero prefiero esa originalidad, señor don Justo, á la famosa discreción de los demás mortales..... Mas no tema, usted nó. Yo no reparto mandobles; usted lo sabe. Convencido de que es imposible arreglar la sociedad, me divierto estudiándola, como esos críticos, que saben muy bien que la interminable progenie de los malos poetas no puede acabar nunca en España y que se dedican, sin embargo, á la inútil tarea de anotar necedades agenas, no por enseñanza, ni por bien público, sino por entretenimiento. ¡Cada uno tiene su manera de entretenerse! Yó, por ejemplo, veo que un buen amigo mío, un hombre honrado, un rico banquero de acrisolada fama, de 50 años de edad, con una hija única, que es su encanto y merece serlo, hombre justo *(don Justo hace un movimiento)*... déjeme usted concluir..... justo en todo..... vá á permitir el matrimonio de esa chica con el hijo de un bribón enriquecido, pérfido, hipócrita, capaz de aplaudir todo lo malo si el que lo hace es muy rico y poderoso y de condenar á cualquier infeliz, si es pobre y desvalido á la última pena, por la falta más insignificante. De tal padre tal hijo, dice el refrán, é hijo de tal padre es el afortunado mancebo. Pues

bien: si yo me acerco á la chica y le digo: «mira: Fulanito, es un perdido, un seductor, un libertino, incapaz de amarte y de hacerte feliz, porque si fueras una pobre muchacha, en vez de la hija de un banquero millonario, no se casaría contigo;» si le añadiera: «á la vez que á tí, galantea, por ejemplo, á la hija de don Diego de Avendaño»..... *(Don Justo hace otro movimiento.)* Esto es un ejemplo, por supuesto..... ¿Qué piensa usted que me replicaría la chica? A ella el muchacho le ha entrado por los ojos, le gusta, se siente perdidamente enamorada de él y lo menos que haría es llamarme calumniador, chismoso, canalla etc. etc. Y supóngase usted que se lo dijera en lugar de la chica al padre,..... ¡válgame Dios! ¡Supóngase usted que yo le digera al padre: «usted, señor mío, más que justo, es un bendito, usted, señor mío, sabe bien que todo lo que yo digo es verdad: que el señor Marqués, ó Conde, ó Duque ó lo que sea, es un canalla, que la señora Marquesa es una tal por cual, que el señor Marquesito es esto y lo otro, que su hija de usted no tiene el caracter á propósito para desempeñar toda la vida el papel de víctima, que será desgraciadísima, que ese matrimonio acabará mal, muy mal, que aquí va á pasar algo! (*Don Justo se levanta*)..... Pues el padre se levantaría, como ahora se levanta usted, llamaría á sus criados, éstos me echarían á palos y ahí me tendría usted convertido prácticamente en don Quijote, probando garrotazos por meterme á redentor... Más como no pretendo semejante gloria, ni aspiro á ese desenlace, que ningún bien aportará, ni á mí ni á los otros, lo que hago, señor don Justo, es ir á la casa donde tales cosas han de ocurrir, verlas, anotarlas y satisfacerme de mi previsión, como se satisface el médico que no pudiendo salvar al enfermo, en caso de muerte irremediable, se conforma con que el paciente fallezca de acuerdo con su sabiduría, ó sea confirmando el diagnóstico, síntoma por síntoma hasta el último momento.

Y ahora comprenderá usted como, no ocurriendo ninguno de esos lances extraordinarios en la casa apacible de mi buen amigo el señor Pimentel, viudo con una hija única, yó, dado mi caracter y mis aficiones, haya dejado de visitarla desde hace tanto tiempo, por no encontrar en ella mis especiales atractivos.....

D. JUSTO.--(*Riéndose.*) ¡Bravo! ¡Bravo, señor psicólogo; pero me parece que usted exagera en su inquina contra el género humano! Usted encuentra muy poca gente buena en este mundo, señor don Andrés y creo que no tiene razón. La humanidad no es tan mala y sobre todo, hay que ser indulgente. Yo no le conozco á usted otro defecto que el de esa sobrada intransigencia; ¿pero dejará usted de tener otros? ¿No se acuerda usted del episodio de la mujer adúltera? ¿Quién está sin pecado? ¿Quién puede lanzar la primera piedra?.....

ANDRÉS.—Y yo á usted señor don Justo, no le conozco otro defecto que el de la excesiva tolerancia y crea que para mí es, sino el más censurable, el más pernicioso. La mucha bondad es tan mala como la mucha maldad, porque el hombre que siempre está dispuesto á perdonarlo todo, crea la desgracia de los que dependen de él. Si la justicia no es severa, no es justicia, señor don Justo y la bondad extraordinaria se podría confundir con el egoismo.....

D. JUSTO.--¡Hombre, esa franqueza de usted es encantadora!

EL CRIADO-Don Jorge de Arencibia.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) Aquí entrá él.

(*Jorge saluda con afecto á don Justo y se inclina ceremoniosamente ante Andrés.*)

ESCENA V

ANDRÉS, D. JUSTO Y JORGE

ANDRÈS.—(*Aparte.*) ¡Este lobezno nunca mira de frente!

JORGE. — (*A don Justo.*) ¿Y Luisa?

D. JUSTO.--Bien; pronto saldrá.

ANDRÉS.--(*Aparte.*) ¡Valiente comediante está el tal Jorge! Le noto algo estraño, como si le asaltara algún temor. La otra lloraba, éste teme. ¡Malo! Cuando la mujer llora y el hombre teme, no hay amor sino pecado.

ESCENA VI

LOS MISMOS Y LUISA

LUISA. — ¡Jorge! (*Jorge se acerca y la saluda respetuosamente.*)

ANDRÉS.--(*Aparte.*) Ella está encendida como una amapola y no se atreve á fijar la vista en la suya, ¿vergüenza ó remordimiento?

D JUSTO.--(*A Jorge.*) Y los Marqueses, ¿están buenos?
JORGE. — Si señor, deben llegar dentro de poco.
LUISA. — (*A Jorge.*) ¡Ay! ¡Qué linda y qué joven está su mamá, Jorge! No se enfade usted si le digo que más parece su hermaña.....!
ANDRES.--(*Aparte.*) ¡Lo que ven con amor los ojos! Linda, quizás lo sea todavía, para aquel á quien gusten las jamonas, joven, también, si los años no cuentan para apreciar la juventud y buena..... ¡Satanás me libre!
EL CRIADO.—Los Marqueses de Urrutia.
ANDRÉS.—(*Aparte.*) ¡Amén!

ESCENA VII

LOS MISMOS. EL MARQUÉS Y LA MARQUESA DE URRUTIA.

D. JUSTO.--(*Adelantándose á recibirlos*) ¡Marqués! ¡Marquesa! ¡Bien venidos seais á nuestra casa!
LA MARQ.ª(*Con intención.*) Ya sabe usted por lo que hemos venido hoy y más que usted quizás lo sabe esta picarona. (*Sonriendo y dando un golpecito en la cara á Luisa.*)
LUISA. — (*Bajando la vista.*) ¡Señora!
LA MARQ.ª Ya me darás pronto otro nombre más cariñoso!
MARQUÉS.-(*Interrumpiendo la conversación.*) ¡Hermosa casa tiene usted señor de Pimentel!
ANDRÉS.—(*Aparte.*) Este no quiere dejar á la mujer que avance, hasta que él plantée la cuestión de los cuartos.
LA MARQ.ª(*Reparando en Andrés.*) ¡Señor Ramírez no le había visto!
ANDRÉS.—(*Saludando.*) ¡Marquesa! ¡Marqués!
LA MARQ.ª ¿Sigue usted como siempre tan original? (*Todos se ríen.*)
LUISA. — Sentémonos un rato, si es que no quieren ustedes pasar al jardín á tomar el fresco. Esta noche como hace ahora tanto calor en Madrid, hemos tenido la idea de organizar el baile en el jardín. He mandado construir un gran tablado para la música. Todo está alumbrado con luz eléctrica.....
LA MARQ.ª Ya hemos visto las luces desde la calle. Siendo en casa de don Justo Pimentel ha de estar la fiesta espléndida. Apuesto que mañana será la recepción de hoy el acontecimiento en todo Madrid.

(*Se sientan todos. La Marquesa comienza á observar la sala.*) ¡Y qué sala tan rica! ¡Qué gusto! Tiene razón mi marido, señor Pimentel. Esta es la casa mejor y más elegante de la Córte!

ANDRÉS.—(*Aparte.*) ¡Y Luisa el mejor partido! (*Luisa y Jorge hablan aparte. Andrés los observa.*) Luisa sigue enrojeciendo y él sigue temblando. !Malo!

EL CRIADO—Don Diego de Avendaño.

ESCENA VIII

LOS MISMOS. D. DIEGO, LUEGO D. LUÍS MARTÍNEZ, LA SEÑORA DE MARTÍNEZ Y LA BARONESA.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) ¡Este otro bribón siempre es ave de mal agüero!

D. JUSTO.--Mi amigo Avendaño ¿viene solo?

LUISA. — ¿Y Azucena? ¿Y la señora?

AVENDAÑO—(*Saluda á todos, menos á Andrés.*) Azucena está ligeramente indispuesta.....

LA MARQ.ª—(*Aparte.*) ¡Y él viene solo á una recepción! ¡Qué estraño!

JORGE. — (*Aparte.*) ¡Y yo que acabo de ver á Azucena!

LUISA. — El señor de Avendaño ¿nó conoce al señor Ramírez?

AVENDAÑO—(*Inclinándose.*) No tenía el honor.....

D. JUSTO.--(*Presentándolos.*) Mi excelente amigo don Diego de Avendaño, banquero y representante en Madrid del Baron Herz. (*Avendaño se inclina.*) Mi amigo queridísimo, también, don Andrés Ramírez, que no puede ofenderse porque le llamen el hombre más original de Madrid. (*Todos se ríen.*)

ANDRÈS.—Pues yo si tenía el gusto de conocer á este caballero desde hace tiempo.....

AVENDAÑO—(*Cortesmente.*) ¡No recuerdo!

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) ¡Si don Justo no interviene, el original le suelta al otro una fresca!

ANDRÉS.—Hará ocho años..... en Lyon.

AVENDAÑO—(*Turbándose.*) Sí, puede ser.....

ANDRÉS.—Usted entonces era el cajero principal del *Crédit Lyonnais*.....

LA MARQ.ª—(*Al Marqués.*) ¡Qué mal gusto! ¡Para recordarle que ha sido empleado!

EL MARQUÉS.—O para recordarle algo peor, por que ese no se anda con chiquitas.

AVENDAÑO—(*Queriendo cortar la conversación*); ¡Ah sí! ¡Ya recuerdo! ¡Cómo está usted señor Ramírez! (*Hace ademán de tenderle la mano.*)

ANDRÉS.—(*Como si no le hubiera visto.*) Yo fuí aquel español que me presenté á cobrar un cheque de trescientos

mil francos, que ustedes no me pagaron..... (*Atención general.*)

EL MARQUÉS.—¡Cómo! ¡Imposible! ¡Hombre! ¡El *Crédit Lyonnais!...*

D. JUSTO.--Usted habría girado en descubierto y no tendría fondos en la casa.....

ANDRÈS.--Usted, don Justo, buscándole siempre á todo la mejor justificación posible. Pues no señor, este caballero, que era el cajero, sabe muy bien que yo tenía dinero allí bastante para responder al giro, ó que debía tenerlo y la prueba es que aún cuando he dicho que no me pagaron, me equivoqué, porque al fin, sí me pagaron. (*Con intención.*) ¿No es verdad, señor de Avendaño?

AVENDAÑO--(*Serenándose.*) Si señores, esa fué una gran estafa que se intentó hacer á este caballero. El primer cheque era falso. Naturalmente, cuando se presentó el verdadero se protestó el pago; pero descubierto todo, el estafador fué preso y hoy está en presidio pagando su osadía.

ANDRÉS.—Ya que no pudo pagar el cheque porque no se le encontró una peseta.

D JUSTO.--¿Perdió entonces el *Crédit Lyonnais* trescientos mil francos?

ANDRÉS.—Usted hubiera sido capaz de perderlos, don Justo; pero no esa sociedad. Quien pagó fué el señor Avendaño, cajero, y yo lo siento, por que se trataba de un compatriota.

AVENDAÑO—Muchas gracias. (¡Este hombre se ha propuesto perseguirme!)

ANDRÉS.—El culpable.....

EL CRIADO--Don Luís Martínez y señora.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) No, don Luis Martínez no fué el culpable, pero también merecía estar en presidio más que el infeliz que se encuentra allí en lugar de Avendaño.

LA MARQUESA—(*Al Marqués:*) ¡Qué escena tan desagradable! ¡Gracias á Dios que acabó bien!

EL CRIADO—La baronesa de Ruibal.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) ¡Otra que bien baila! ¡Y esta es la sociedad moderna! (*Luisa se adelanta á recibir á la Baronesa.*)

LA BARONESA.--(*A Luisa.*) Mi visita á esta casa es hoy interesada...

ANDRÉS.—(*Con ironía.*) ¡Oh, Baronesa! ¡Cuándo no se ha inspirado la Baronesa de Ruibal en el interés de los po-

bres, en el amor y la protección de los desvalidos! ¿Cuándo, con esa caridad inagotable que la distingue, ha dejado de venir á estos salones, donde reina la felicidad, á pedir al lujo una limosna para la miseria?

La Baronesa.—Yo me confundo, señor Ramírez. Yo no aspiro á esos elogios inmerecidos: la fama del mundo.

Andrés.—La fama del mundo, Baronesa, no es nada: ¡la recompensa del cielo es la que importa!

La Marquesa—Baronesa, usted es la providencia de los pobres!

El Marqués—¡La alegría del desgraciado!

La Sra. de Martínez.—¡El angel de la Caridad!

Avendaño—Cuente usted conmigo, Baronesa, para todas sus obras benéficas!

La Baronesa.—(*A Avendaño.*) ¡Dios se lo pagará á usted!

El Marqués.—¡Y conmigo!

D. Luís Martínez.—¡Y conmigo!

Jorge. — ¡Y, conmigo!

Andrés.—(*Aparte.*) La vanidad disfrazada de virtud. (*Señalando á todos.*) ¡Un coro de ángeles!

Avendaño—(*Aparte á don Justo.*) Necesito hablar con usted inmediatamente sin que nadie nos oiga. Se trata del asunto de París, en que usted está perdido

D. Justo.--¡Cielos!

Avendaño.—Ordene usted que comience la fiesta en el jardín cuanto antes y cuando todos estén en el baile, aquí le espero.

El Marqués.—(*Aparte á don Justo.*) Quisiera hablarle.....

D. Justo.--(*Turbado.*) Ah sí, señor Marqués, dentro de un momento estaré con usted en la biblioteca.

Andrés.—(*Aparte.*) El Marqués y Avendaño han hablado cada uno misteriosamente á don Justo: este á la izquierda el otro á la derecha. Dos cuervos: uno para cada ojo.

Luisa . — ¿No queréis ver el jardín iluminado? Hay un camino de enredaderas hasta el pabellón de la música. Quisiera conocer su opinión, Marquesa, sobre el gusto de ese trabajo.

La Marquesa.—¡Vamos, hija mía, vamos!

Luisa . — (*A los demás.*) ¿No quereis venir? (*Todos la siguen.*) (*Don Justo da el brazo á la Marquesa. El Marqués á Luisa. Jorge á la Baronesa.*)

Andrés.—Usted conmigo señor Martínez. (*Dándole el brazo.*) Tenemos que hablar.....

Martínez.—Usted dispense, señor Ramirez, no le había conocido...

ANDRÉS.—Pues yo también le conozco á usted desde hace tiempo. ¡Hombre! ¿Ya se olvidó usted?

MARTÍNEZ.—(*Aparte.*) ¡Como podré escaparme! (*Alto.*) ¿No sabe usted la noticia de la noche? (*Con misterio.*) ¡Grave! ¡muy grave! El pobre Pimentel..... (*Saca un periódico.*)

ANDRÉS.—Pues veamos, veamos. (*Salen.*)

ESCENA IX

JORGE. (*Entra por la segunda puerta de la izquierda.*)

JORGE. — Luisa me hizo seña de que volviera aquí. No sé por qué tengo miedo. La presencia de ese don Andrés Ramirez, me hace daño. Pero él ¿qué tiene que ver conmigo? Todo se arreglará esta noche. Don Justo Pimentel ¿no es uno de los banqueros más ricos de Madrid? ¿No está conforme en mi matrimonio con Luisa? ¿Ella, no está loca por mí? Yo ¿no estoy conforme en coger ese milloncejo de dote? ¿Todo no ha de parar en bien?... ¡Pues entónces!... Pero la verdad es que haber seducido á Luisa fué una locura! ¿Qué necesidad tenía yo de ponerme en este aprieto? Pero vaya usted á preguntarlo, cuando uno es joven y tiene delante á una mujer como esa! (*Entra Juana.*)

ESCENA X

JORGE Y JUANA.

JUANA.— Señorito, al verle salir del jardín le he seguido, porque tengo que hablarle.

JORGE. — ¿Qué pasa?

JUANA.— La señorita está muy nerviosa, llorando continuamente y comprometiendo la situación. Es necesario que usted la calme, ó estoy perdida. Yo sirvo en esta casa desde hace diez años y sé que don Justo es el mejor de los hombres; pero, ¡ay! nunca me perdonaría la complicidad en una ofensa á su honra. Haga usted, por Dios, que el Marqués pida pronto la mano de Luisa, para que termine esta situación angustiosa.

JORGE. — ¡Pero señor! ¿qué más pronto que esta noche?

JUANA. — Ahí viene la señorita.

ESCENA XI

LOS MISMOS. LUISA.

LUISA. — Ponte á la puerta Juana y tose si alguien viene. (*Juana se pone en la puerta del foro.*) He dejado á Papá solo atendiendo á los amigos. ¿Jorge, habló tu padre al mío?

JORGE. — Ahora creo que le está hablando, Luisa.

LUISA. — Nó; papá con quien habla aparte es con Avendaño. ¡Jorge! ¡Jorge! Es necesario que esto se arregle. Yo he cometido un crimen horrible con el mejor de los padres. Si él lo supiera, Jorge, caería muerto en el acto como por un rayo y yó, yo no viviría un instante más. ¿Lo dudas? ¿Crees que la muerte me importa? ¿Supones que el valor me falta?

JORGE. — No; Luisa de mi alma; pero verdaderamente no hay motivos para tanto. Dentro de un instante, nuestros padres pactarán nuestra felicidad eterna y en breve, tal vez en días, seremos para siempre el uno del otro, ante la ley y ante el mundo. Pero ¡ay! Luisa... ¡tu no me amas! ¡Te arrepientes de ser mía!

LUISA. — ¡Jorge! ¡Eso nunca!

(Aparece Andrés por la segunda puerta de la izquierda, sin que lo vea Juana.)

JORGE. — Ese llanto en tus ojos, esa agitación en todo tu ser, ese acento de reproche.....

LUISA. — ¡Reproche! ¡Reproche! ¡Dios mío! ¡Y tu pronuncias esa palabra! ¡Tú que eres mi vida y mi único pensamiento! Pero tu eres bueno ¿no es verdad? Tu no puedes querer que mi padre se entere, tu no puedes querer, Jorge, que mi padre se entere de mi estado, que él, y yo... y tú, seamos el escándalo y ludibrio de la sociedad entera!

JORGE. — Pero, señor ¡qué ideas! ¿Cómo puede suceder semejante cosa? ¿No soy yo un hombre de honor? ¿No soy un caballero? ¿Acaso no te amo? Aunque el mundo entero se opusiera á nuestro matrimonio, en lugar de encontrarse de acuerdo, como lo están, nuestros padres ¿dudas, Luisa, que yo te llevaría al altar, levantada la frente y desafiando á ese mundo?

LUISA. — ¡Jorge! ¡Qué noble eres! ¡Si pudieras saber cuanto te amo! (*Jorge le estrecha la cintura y le da un beso. Juana tose. Se separan violentamente. Jorge desaparece con Juana por el fondo. Luisa intenta salir por la izquierda pero se encuentra con Andrés*).

ESCENA XII

ANDRÉS Y LUISA

ANDRES.—Ciertas eran mis deducciones. ¡Pobre D. Justo Pimentel! ¡Esperas la felicidad y ya han entrado en tu hogar la desgracia y la deshonra!

LUISA .—¡Caballero!

ANDRÉS.—¿Qué haré? ¿Diré á esta locuela lo que merece? ¿Intervendré aquí para remediar esta desgracia? ¡Tente, Quijote! ¡A tí que te importa!

LUISA .—¡Caballero!

ANDRÉS.—Usted perdone, no la había visto.

LUISA .—Caballero, usted si ha visto lo que según su costumbre, no tenía derecho de ver. (*Con altivez.*) Si el rubor pudiera cortarme la palabra, la indignación me desataría la lengua!

ANDRÉS.—Pues bien, sí he visto, ya que es usted tan valiente. He visto lo que quizá no me importe, he oído lo que tal vez tenga usted razón, no debiera haber oído; pero ¡ojalá que no haya visto, ni oído demasiado tarde! (*fijándole la vista.*) Usted es harto temeraria cuando ha faltado á sus deberes de hija.....

LUISA .—¡Insolente!

ANDRÉS.—Hasta el extremo de que tal vez cause usted esta noche la muerte de don Justo.....

LUISA .—Sí, porque usted cometerá la heróica hazaña de decirle todo.

ANDRÉS.—No, porque esta noche han de ocurrir en esta casa escenas terribles y ¡ay de él! y ¡ay de usted! si todo se descubre. Oiga usted, Luisa. Acabo de enterarme de que su padre de usted está arruinado.....

LUISA .—¡Cielos!

ANDRÉS.—La noticia circula ya en los periódicos de la noche y no ha faltado, entre todo ese mundo miserable que viene á las casas ricas como buitres á la presa, quien haya traido el ejemplar de un periódico que circula ahí fuera de mano en mano. Mañana la rica heredera de don Justo Pimentel será una pobre sin dote y el Marqués no consentirá en el matrimonio de su hijo con ella.

LUISA.—Pero ¡Dios mío! ¡Usted me está asesinando! ¡Confiese usted que es un canalla!...

ANDRÉS.—He querido decir á usted toda la verdad, para que comprenda la inmensidad de su falta y la gravedad

de su situación. Si usted no se casa, Luisa, usted matará á su padre, porque al fin y al cabo la deshonra se descubrirá, y él á su edad, con sus achaques, no podrá resistir tan rudo golpe. Pues yo le propongo un remedio. Mi padre debió su fortuna á la protección de Pimentel: esa fortuna que yo gozo sin haberla trabajado. Yo tengo de capital dos millones de pesetas y vivo sólo en el mundo. Para mí no es un gran sacrificio dotarla á usted, y así cumpliré una deuda de gratitud, que, créalo, ¡ya me pesaba!... Corra usted, retenga á su padre en el jardín, mientras yo hablo con el Marqués, le explico la ruina de don Justo y le firmo el contrato para la dote. Corra, que nos falta el tiempo. Deje usted que la salve, el indiscreto de hace un rato (*con amargura*) el insolente y el canalla de ahora!

LUISA. — No sé que me ocurre... no puedo hablar... me siento clavada á la tierra... (*Rompe á llorar.*) ¡Perdón! ¡Perdón! noble amigo.

ANDRÉS.—Corra usted, Luisa. (*La agarra por el brazo y la empuja al fondo.*) Pronto, antes que el Marqués se retire, enterado de la noticia. Al fin. Ahí vienen. Puede ser que no haya tiempo. Usted tiene la culpa. (*Imperativamente.*) Salga usted ahora pronto y déjeme con ellos. (*Luisa sale. Andrés se queda en un extremo observando, sin ser visto de ellos, al Marqués y á don Justo que entran por el fondo.*)

ESCENA XIII

—

EL MARQUÈS, DON JUSTO. ANDRÈS.

D. JUSTO.--Usted me ha honrado sobremanera, Marqués, al hacerme esa petición. Yo sé que á mi hija no desagrada Jorge: cuento anticipadamente con su consentimiento y no puedo por menos de dar el mío. (*Aparte.*) ¡Avendaño no está aquí!

ANDRÉS.—(*Aparte.*) ¡Nada sabe todavía!

EL MARQUÉS—Mil gracias, señor Pimentel. Queda sólo por arreglar la cuestión material de intereses y de esa podremos tratar mañana, si usted no tiene inconveniente.

D. JUSTO.-Ninguno, Marqués. Usted fijará la hora.

EL MARQUÉS.—Mil gracias, repito. Con el permiso de usted vuelvo á dar á mi esposa la buena nueva.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) Y yo á cortarte el camino para que no te arrepientas mañana. (*El Marqués sale. Andrés va á*

seguirle; pero ve entrar por la izquierda á Avendaño y se detiene al oír las primeras palabras que le dice don Justo.)

ESCENA XIV

D. Justo, Avendaño y Andrés.

D. Justo.–Avendaño, no me proponga usted un crimen.

Avendaño—Usted llama un crimen á mi proposición porque no se ha hecho cargo de su situación verdadera.

D. Justo.–Sí, pierdo en Paris, medio millón de francos. Pues bien, aunque perdiera la última peseta, sería incapáz de lo que usted quiere.

Avendaño—Pues bien, lo que ha perdido usted es hasta la última peseta. La quiebra de los Neully, donde usted tenía todos sus fondos propios, es completa.

D. Justo.–¡Dios mío!

Avendaño—Mañana la noticia circulará en toda la prensa y sus clientes de usted le retirarán inmediatamente sus fondos. Tiene usted tiempo todavía esta noche. Extráigalos usted de la caja: entréguemelos y yo salvo ese dinero, la mitad para usted. Tengo modo, usted lo sabe, de que la quiebra de los Neully aparezca mayor y la responsabilidad criminal de usted quedará cubierta. Los cien mil pesos del Marqués de Urrutia, ya aparecen en París.

Andrés.—(*Aparte.*) ¡El cajero de Lyon! ¡siempre el mismo!

Avendaño—Piense usted en su hija y en la miseria. Aguardo su contestación.

Andrés.—(*Aparte.*) ¡Naturaleza humana! ¡Desconfío de tí! ¡Si don Justo fuera otro miserable no volvería yo á ser Quijote en mi vida!

D. Justo.–¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡La miseria! ¡La miseria! (*Andrés hace un movimiento de atención.*)

Avendaño—¡Acabe usted Pimentel!

D. Justo.–(*Levantando la cabeza.*) Te he escuchado con paciencia hasta el fin y por no dar un escándalo en esta casa y entristecer á esa pobre hija, cuyo nombre ha querido manchar pronunciándolo tu torpe lengua, no te he echado las manos al cuello, miserable y te he estrangulado como un perro. Pero ella te salva. Márchate canalla, (*alzando la voz*) márchate, si no quieres que la paciencia me llegue á faltar.

ANDRÉS.—(*Aparte.*) No es bueno, es santo.
AVENDAÑO—¡Pimentel, se pierde usted para siempre!
D. JUSTO.-¡Vil! (*Levanta una silla para lanzársela. Andrés se interpone. Entran corriendo é invaden la sala dando gritos todos los personajes. Los criados rodean á don Justo como para defenderle. Luisa se precipita en brazos de su padre.*)
TODOS. — ¿Que es esto?

ESCENA XV

EL MARQUÈS. LA MARQUESA, LUISA, JORGE, ETCÈTERA.

EL MARQUÉS.—¡Señor Pimentel, señor de Avendaño! ¿Qué pasa?
D. JUSTO.-(*Serenándose.*) Señores, perdonadme, si en mi casa sufris este disgusto. Pero no he podido contenerme cuando ese hombre me propuso una estafa horrible...
ANDRÉS.—Yo he sido testigo.
EL MARQUÉS.—(*Con severidad.*) ¡Cómo! ¡Una estafa! ¡Qué palabras son esas!
AVENDAÑO—Dejadme hablar. Don Justo Pimentel está arruinado. (*Movimiento general de asombro.*) Don Justo Pimentel ha perdido esta tarde diez millones en la quiebra de Neully en París.
D. LUÍS MARTÍNEZ.—(*Sacando un periódico.*) Lo dice *La Correspondencia.*
EL MARQUÉS.—(*Arrebatándole el periódico y abriéndolo ávidamente.*) ¡Diez millones!
TODOS. — ¡Diez millones!
LA MARQUESA.—Pues entonces.....
JORGE. — En la miseria.....
AVENDAÑO—(*Cínicamente.*) Digan ustedes ahora; entre don Justo Pimentel arruinado y don Diego Avendaño, quien puede ser el estafador.
D. JUSTO.-Cobarde! (*Intenta lanzarse sobre él. El Marqués se interpone.*)
EL MARQUÉS.—(*Con dignidad.*) Calma, don Justo. Este hombre en primer lugar, está en su casa de usted, y en segundo, es un caballero.
TODOS. — ¡Sí! un caballero!
ANDRÉS.—El caballero escapó del asunto del cheque de Lyon, pero ahora de mi mano no se escapa.
EL MARQUÉS.—Y además, es necesario dar algunas explicaciones. Nosotros comprendemos que este no es el lugar más apropósito para aclarar ciertos particulares; pero

tampoco lo es para este escándalo. Por otra parte, intereses sagrados.....

D. JUSTO.–Pues bien, señores, es cierto. ¡Estoy arruinado, pero arruinado, porque mañana pagaré á todos mis acreedores cuanto les adeuda mi casa!

EL MARQUÉS.—Cumplirá usted con su deber. Y ahora, comprenda usted, señor Pimentel, que todo ha concluido entre nosotros. En la situación moral en que usted se encuentra, por que para mí el dinero no tiene valor alguno, el matrimonio de nuestros hijos es imposible.

D. JUSTO.–¡Situación moral! ¡Dios mìo, hasta cuando quieres probarme! ¡Deténgase usted, Marqués! ¡Una palabra!

EL MARQUÉS.—Es inútil. (*Dando el brazo á la Marquesa.*)

LA MARQUESA.—¡Vamos, hijo mío! Esto es un escándalo.

D. LUÍS MARTÍNEZ.—¡Un escándalo!

LA SRA. DE MARTINEZ.—Un escándalo impropio de la buena sociedad.

LA BARONESA.—¡Un escándalo! ¡Un escándalo horrible!

LUISA . —¡Jorge!

JORGE .— Yo cumpliré mi deber!

LUISA . — (*Con efusiôn.*) ¡Gracias!

JORGE . — Obedeciendo á mis padres.....

LUISA . — ¡Cielos, porque no os desplomáis! ¡Vida, para que te quiero!

D. JUSTO.–(*Que cruzado de brazos, en actitud terrible los ha contemplado á todos*). ¡Luisa Pimentel no implora, sino levanta la cabeza! (*Luisa da un grito, arrojándose en brazos de su padre*).

ANDRÉS.—(*A Luisa.*) ¡Calla ó lo asesinas!

LUISA . — ¡Perdón, padre mio! (*Salen todos menos D. Justo, Andrés y Luisa*).

ESCENA XVI

DON JUSTO. ANDRÉS. LUISA.

D. JUSTO.–¡Todos se van! ¡Miserables!

ANDRÉS.—¡Discúlpelos usted, D. Justo! ¡Tenga usted ahora indulgencia!

D. JUSTO.–¡Todos nó! ¡Usted ha estado conmigo! ¡Todavía queda usted! (*Le da la mano.*)

LUISA . — ¡Todavía queda usted, alma noble!

ANDRÈS.—Sí, todavía quedo yo; pero yo soy el hombre más original de Madrid!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Antesala en casa del Marqués de Urrutia. Puertas á los dos lados y una al fondo.

ESCENA PRIMERA

La Marquesa. La señora de Aveñdaño. La Baronesa de Ruibal. La señora de Martinez. (*Estas hablando en grupo á un lado.*) El Marqués y don Diego. (*Formando otro grupo junto á una mesa.*) Azucena y Jorge. (*Sentados en un sofá hacia el fondo.*) Luego el Criado.

Baronesa —¿Será posible?

La Marqª:—Como ustedes lo oyen,

La Sra. de Martinez.—Pero señor, esa gente se ha propuesto perderlo todo.

La Marqª:—Bajemos la voz, para que no puedan enterarse los chicos. (*Señalando á Azucena y á Jorge.*)

El Marqués.—(*A don Diego.*) ¡Admirable, admirable combinación! Yo soy un hombre poco dado á la lisonja, amigo Avendaño. Mi carácter independiente, franco, altivo, me crea, bien lo sé, poderosas enemistades; pero ¿qué quiere usted? yo soy así. Pues bien, acepte la opinión honrada de un hombre que no miente nunca: desde el tiempo de Cabarrús, usted es el genio financiero más grande que ha producido España.

Don Diego.—Su opinión, Marqués, me llena de orgullo: más permítame, no por modestia, sino por justicia, que la atribuya á la bondadosa amistad que usted me profesa y que le hace exagerar mis merecimientos.

El Marqués.—¡Eso nunca! ¿Exagerar yó? La verdad, la verdad únicamente brota de mis labios. A mí las pasiones no me ciegan: yo sería capaz de condenar á mi

propio hijo si cometiese una falta, en lugar de ser, como es, á Dios gracias, para honra suya y mía, modelo de amor filial y de sentimientos generosos. Nada, señor de Avendaño, tiene usted que aceptar el elogio.

AVENDAÑO—¿Y me cree usted capaz de admitir tales alabanzas en presencia de usted? ¿Me cree usted tan insensato, cuando me encuentro ante el consultor constante de todos nuestros ministros de Hacienda, ante el autor de la nueva ley Agraria, ante el émulo de Jovellanos, ante el gran hacendista Marqués de Urrutia?

EL MARQUÉS.—¡Gracias! ¡Gracias! ¡No me conmueva usted! (*Pasándose un pañuelo por los ojos*). En este siglo de miseria y podredumbre, en que la envidia es la reina de los corazones; ¡cuán raro es encontrar hombres como usted, amigo Avendaño!

AZUCENA.—(*A Jorge.*) ¿Pero es cierto que usted me ama?

JORGE. — Mis labios no mienten jamás. Azucena, blanca y bella Azucena, nunca he sentido pasión más honda que la que me han inspirado esos ojos divinos.....

AZUCENA.—(*Con coquetería.*) Repito que es mentira.

LA SRA. DE AVENDAÑO.—¡Jesús cuánto cinismo!

LA SRA. DE MARTÍNEZ.—¡Qué asco!

LA BARONESA.—Pero dice usted que la chica.....

LA MARQUESA.—¡Completamente una perdida!

LA SRA. DE AVENDAÑO.—¡Pues de buena se han librado ustedes, pobres amigos! Ahora hay que prepararse, porque gente de esa calaña es capaz de todo. Inventarán que Jorge... es... en fin... usted me entiende... y como ellos no tienen ya nada que perder con el escándalo y ustedes sí, pretenderán ir á los tribunales llevarlos á ustedes á juicio oral.....

LA MARQUESA.—¡Ah! ¡No tenga usted cuidado, Domitila! ¿Acaso hemos llegado ya en España hasta ese punto? ¿Acaso las personas decentes estamos así á la disposición de los especuladores de honras? ¡Pues no faltaba más! ¡Mi marido habló esta mañana del caso con el Ministro de Gracia y Justicia y donde se muevan... van á saber lo que es bueno!

LA BARONESA.—¡Bien hecho!

LA MARQUESA.—¡Pues ya lo creo, Baronesa!

LA BARONESA.—¡Por supuesto, Marquesa!

LA SRA. AVENDAÑO.—(*Aparte.*) ¡Baronesa, Marquesa! ¡Y este Avendaño que no acaba de comprar el título, ahora que están tan baratos! ¿Y habrá quien diga que mi marido es un gran financiero?

LA SRA. DE MARTÍNEZ.—(*Aparte.*) ¡Y el necio de Martinez negado á ser duque!

EL MARQUÉS.—¡Admirable, admirable repito! Decididamente es usted un génio. Pero señor ¿cómo era posible que semejante cosa cupiera en la cabeza de don Justo Pimentel?

AVENDAÑO—El pobre don Justo, no tenía el cerebro organizado para la finanza. Torpeza, tras torpeza.....

EL MARQUÉS.—¡Nó, eso nó, ahora sí que no estoy conforme con usted, y usted me perdone!... ¿Qué es eso de torpezas? Usted es demasiado bueno, pero ya su bondad pica en historia. (*Alzando la voz.*) El hombre que como Pimentel produce un pánico financiero en toda la nación, el hombre que como Pimentel traiciona la sagrada confianza que en él teníamos depositados todos, no tiene disculpa. Yo tal vez no pertenezca á estos tiempos; pero en los míos, se llamaba á las cosas por su nombre y yo las llamo; el señor Pimentel, señor Avendaño, es un pillo, y si yo no le viera entre presidiarios con un grillete al pié, es porque ya no hay moralidad, ni justicia.

LA BARONESA.—¡Muy bien dicho!

LAS SRAS. DE AVENDAÑO Y MARTÍNEZ.—¡Muy bien!

LA MARQUESA.—Mi marido no puede transigir. Para él la rectitud y la honradez es antes que todo.....

AZUCENA.—(*A Jorge.*) ¡Pues no lo creo!

JORGE.—¡Dame esa flor!

AZUCENA.—¡Pídesela á Luisa!

JORGE.—¿Será posible, Azucena que me ofendas de ese modo? ¿Tú nombrar á Luisa? ¿Tú ponerte enfrente de una mujer perdida? ¿Tú, la hija de don Diego de Avendaño, enfrente de la hija de Pimentel? ¿Tú creerme capáz de arrastrar mi nombre y mi propio decoro por el fango?

AZUCENA.—¿No la amas?

JORGE.—¡Azucena!

AZUCENA.—¿No la has amado nunca?

JORGE.—¡Jamás!

AZUCENA.—¡Toma! (*Le dá la flor.*)

LA MARQUESA.—Pero Baronesa ¿cómo puede extrañar á usted la conducta de don Andrés Ramírez? ¿Cómo puede extrañarle que defienda á esa gente? ¿No sabe usted que Ramírez?.....

LA BARONESA.—¡Es verdad, Ramírez está chiflado!

LA MARQUESA.—¡Chiflado! ¡Entónces usted no sabe nada! (*Compasivamente.*) ¡Ay, que buena, es usted Baronesa!

LA SRA. DE AVENDAÑO.—¡Baronesa, que buena es usted!

LA SRA. DE MARTÍNEZ.—¡Ay Baronesa! ¡Qué corazón tan generoso tiene usted!

LA BARONESA.—(*Confundida.*) ¡Pero!.....

LA MARQUESA.—Pero no es extraño que usted no lo sepa; usted que siempre anda en los centros religiosos y de caridad, donde solo se habla de amor seráfico y de virtud ¿cómo ha de oir ciertas cosas? ¿Qué dirían, Baronesa, *Las hermanitas de San Ildefonso?* ¿Qué dirían *Las compañeras de los niños?*.....

LA SRA. DE AVENDAÑO,—¿Que dirían *Las Proteetoras del Pobre?*

LA SRA. DE MARTÍNEZ.—¿Que dirían *Los Angeles del hogar* y todas las nobles damas de esas admirables instituciones que usted preside, Baronesa?

LA MARQUESA.—¡Que dirían!

LA BARONESA.—(*Aparte.*) ¿Y estas me preguntan que dirían? Pues no dirían nada, sino se lo dirían á medio Madrid! (*Alto*) Pero sepamos, en fin, que le pasa á Ramírez?

LA MARQUESA.—Yo sería incapaz de decírselo á usted, si no me lo hubiera preguntado... (*Con misterio.*) ¡Ramírez es el amante de Luisa!

LA BARONESA.—¡Jesús qué infame! (*Abanicándose con nerviosidad.*) Y Jorge, el pobre Jorge, iba á ser la víctima! ¡Jesús! yo me ahogo! ¡No puedo oir semejantes crímenes! ¡En que época vivimos!

LA MARQUESA.—¡Oh, admirable mujer!

LA BARONESA.—¡No puedo más! ¡Me marcho! Ustedes dispensen. (*Levantándose*) ¡Ahora mismo voy á consultar este caso grave á mi confesor! (*Todos se levantan.*)

EL CRIADO.—(*Dirigiéndose al marqués y entregándole una targeta en una bandeja.*) Este caballero desea ver al señor Marqués con urgencia.

EL MARQUÉS.—(*Leyendo la targeta.*) Andrés Ramírez.

LA BARONESA.—¡Jesús María y José! ¡Qué cinismo!

LA SRA. DE AVENDAÑO.—¡Y ustedes consienten que ese hombre se presente en su casa!

LA BARONESA.—Yo le mandaría á echar á palos por el portero!

LA SRA. DE MARTÍNEZ.—Y yo.

LA SRA. DE AVENDAÑO.—Yo no lo pensaría tanto.

LA MARQUESA.—¡Me asombra su osadía! ¡Voy á dar orden de que lo echen!

JORGE. — Nó, mamá, yo iré á entendérmelas con él y te aseguro..... (*Hace acometimiento de salir.*)

AZUCENA.—(*Interponiéndosele.*) ¡Jorge!

EL MARQUÉS.—Nó señor; únicamente yo, tengo el derecho de hablar con ese hombre. Yo no quiero en mi casa escándalos. En cuarenta años, no se ha llamado aquí la atención de nadie. La energía del carácter no está reñida con la serenidad. Hay que saber, ante todo, que pretende...

AVENDAÑO—¡Sábia determinación, digna del talento y prudencia del Marqués!

EL MARQUÉS.—Salgamos todos. (*A Jorge y Avendaño.*) Ustedes á mis habitaciones. Ustedes por allí. (*Señalando la derecha á las señoras.*) Yo iré con ustedes un momento porque hay que recibirlo con dignidad haciéndole esperar. (*Al criado.*) Cuando todos nos marchemos que entre ese hombre en esta sala. (*Salen. El Marqués, Avendaño y Jorge, por la izquierda.*)

ESCENA II

EL CRIADO Y ANDRÉS. (*El criado cuando todos se han ido, sale y vuelve con Andrés. Le dá unos periódicos.*)

EL CRIADO.—El señor Marqués está en el baño. Tome usted la prensa del día. (*Se vá.*)

ANDRÉS.—(*Mirando al rededor.*) ¡Nido de víboras! Me pareció desde el corredor sentirlas silbando!... (*Pone los periódicos sobre la mesa.*) ¡La prensa del día! (*Toma un periódico.*) Amplia tela tienen, por cierto, los periódicos con el suceso en casa de don Justo. (*Lee.*) *El escándalo de anoche.* Hermoso título ¡válgame el cielo! para vender veinte mil ejemplares. El escándalo: eso es lo que todo el mundo quiere, y busca, eso es lo que entretiene el ocio de los viejos, lo que exalta la imaginación de la mujer, lo que aprende el niño á comentar, desde que habla, porque sin escándalo no hay murmuración, sin murmuración no hay calumnia, y sin murmuración y calumnia la vida social es muy monótona. El periodista, que todo lo debe saber, ó por lo menos, todo lo debe decir, hace de sus papeles fuelles que encienden esta hoguera; pero la responsabilidad no es suya. ¿Qué tiene de extraño que los periódicos mientan é injurien, si por eso más se les compra? Los hipócritas fariseos que de todo se persignan, no cesan de hablar de los desmanes de la prensa; pero son los primeros en correr tras los pe-

riódicos de escándalo y leerlos con avidez. ¿Qué culpa tiene entónces, el periodista? El periodista, representante de la opinión, lo único que hace es vender escándalo, ya que tan bien se le paga y decir: ¿lo queréis? Pues tomadlo, tomadlo, y vengan pesetas, muchas pesetas.

¡Ah! ¡El periodista ideal, el gran misionero, dedicado á corregir la opinión, á destronar la injusticia y á reprimir el abuso, es un ser sublime! La pluma en su mano es la espada del Arcángel que hiere á Satanás. El periódico, dirijido por él, es fuente de enseñanza, de virtud y de ejemplo. Mas ¿dónde encuentra el apoyo de esa misma opinión, qué pretende él encauzar? ¿Dónde está ese público de lectores imparciales, justos, inflexiblemente honrados, que sólo amen la verdad y el deber? La mayoría del mundo no se compone, por cierto, de Pimenteles, sino de Urrutias y Avendaños!.....

Pues no faltaba más, por ejemplo, sino que ahora un periódico de Madrid dijera que don Justo Pimentel es un santo y denigrara al encopetado Marqués de Urrutia y al millonario don Diego de Avendaño, por todos festejados, acatados y admirados en la Córte. Diríase en seguida que se trataba de un *chantaje* asqueroso y los demás periódicos y el ministerio Fiscal y quien sabe si hasta los ministros intervendrían indignados para dar con el periodista en la cárcel. Yo aplaudiría ¡ya lo creo!..... Pero esto de imprimir periódicos para mí solo, no es un negocio muy seductor en este tiempo de positivismo.....

ESCENA III

EL MARQUÉS, ANDRÉS Y LUEGO LA BARONESA

ANDRÉS.—Pero ahí viene mi hombre. Ya me olvidaba yo hasta de donde estaba y á qué vine con la manía de filosofar que me consume.....

EL MARQUÉS.—(*Con solemnidad.*) ¡Señor Ramírez!

ANDRÉS.—(*Levantándose y después de mirarlo un rato.*) Usted pensará, sin duda, á juzgar por el aire solemne y severo con que me recibe, que yo vengo á provocar aquí, después del desagradable lance de anoche, en que me puse del lado del señor Pimentel, alguna

nueva escena dramática. Pues se equivoca usted.

EL MARQUÉS.—Entonces.....

ANDRÉS.—Entonces se figura usted que vengo, metiéndome fraile predicador, á echarle á usted sermones sobre Jorge, Luisa y don Justo..... Pues se equivoca usted.

EL MARQUÉS.—Pues acabe.....

ANDRÉS.—Le digo á usted que se equivoca en todo lo que usted haya creido, crea y pueda creer sobre mi visita. Yó, señor mío, vengo aquí á darle á usted dinero.

EL MARQUÉS.—¡Señor Ramírez!

ANDRES.—Mucho dinero.

EL MARQUÉS—Comprenda usted que ese lenguaje extraño.....

ANDRÉS.—Cien mil duros.

EL MARQUÉS—O usted ha perdido la razón, ó usted no sabe con quien habla.....

ANDRÉS.—Doscientos mil duros.

EL MARQUÉS.—Porque yo no sé, señor Ramírez, que cosa es la que usted pretende. Mi posición, mi nombre.....
(*Todo esto turbado ante la actitud de Andrés.*)

ANDRÉS.—Doscientos mil duros; aquí están. (*Saca la cartera.*)

EL MARQUÉS.—(*Sonriendo.*) ¡Hombre!

ANDRÉS.—Pero, aguarde usted, un instante. Ante todo, cuando vaya usted á cobrarlos, tenga cuidado de que el cajero no sea su probo amigo don Diego de Avendaño..... y luego..... siéntese usted, porque ántes necesito decirle dos palabras.

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) Me inspira curiosidad. (*El Marqués mira á derecha é izquierda.*)

ANDRÉS.—Es verdad, vea usted si alguien nos oye. Registre usted detrás de esa puerta. (*Señalando á la derecha. El Marqués se acerca á la puerta: la Baronesa, que estaba oyendo, sale sorprendida.*)

LA BARONESA.—¡Ay! ¡Ustedes dispensen! ¡Venía á buscar mi sombrero, que he dejado olvidado sobre el sofá!

ANDRÉS.—¡Señora, si lo lleva usted puesto!

LA BARONESA.—(*Confundida.*) ¡Ah! Es verdad, es verdad, ustedes dispensen. (*Sale. Andrés cierra la puerta detrás de ella.*) ¡Bien decía yo que por aquí silbaban víboras! (*Pausa. Se sientan.*)

EL MARQUÉS.—Usted dirá.

ANDRÉS.—Sin ambajes ni rodeos: doscientos mil duros por el matrimonio de Jorge con Luisa.

EL MARQUÉS.—(*Levantándose violentamente.*) ¡Imposible! ¡Si eso es todo lo que usted desea, yo toco este timbre, vienen mis criados y.....

ANDRÉS.—Si usted toca ese timbre y vienen sus criados, en lugar de recibir doscientos mil duros, perderá usted toda la fortuna de su mujer.

EL MARQUÉS.—(*Sentándose.*) ¿Qué dice usted?..... toda.....

ANDRÉS.—La fortuna de la Marquesa de Urrutia!

EL MARQUÉS.—(*Volviéndose á levantar.*) ¡Hombre! ¡Usted está demente! ¡Vaya una conversación extraña y (*acercándose al timbre*) vaya una paciencia la mía que no le mando á usted á la casa de orates!

ANDRÉS.—(*Deteniéndole la mano y hablando al mismo tiempo.*) La fortuna de la Marquesa de Urrutia; cien mil duros que para invertir en títulos franceses entregó usted hace tres días á don Diego de Avendaño en una orden contra la casa de Pimentel.

EL MARQUÉS.—¡Cómo! ¡Usted sabe! (*Con ansiedad.*) ¡Siga! Hable!

ANDRÉS.—(*Con desprecio.*) ¡Nó, hombre, nó! ¡Toque usted el timbre, toque!

EL MARQUÉS.—(*Nervioso.*) Es que Avendaño está en casa y fácil sería averiguar.....

ANDRÉS.—Si usted lo entera de lo que he dicho, está perdido ese dinero. Yo se lo aseguro.

EL MARQUÉS.—¡Dios mío, hable usted!

ANDRÉS.—Oiga. Avendaño propuso anoche una estafa á Pimentel.....

EL MARQUÉS.—Sí!.....

ANDRÉS.—¡Como sí! ¡Y anoche mismo no decía usted que Avendaño era un caballero!

EL MARQUÉS.—¡Por Dios! ¡Acabe usted!

ANDRÉS.—(*Aparte.*) (Cómo me gozo en el martirio de este miserable!) Pues bien; la estafa no se realizó porque don Justo Pimentel, que es un hombre más honrado y más puro que Avendaño y que usted y que toda la ralea de bandidos que al rededor de usted se agitan. (*Alzando la voz.*)

EL MARQUÉS.—(*Suplicante.*) ¡No alce, no alce usted la voz! Siga, siga.

ANDRES.—Pues Pimentel, digo, no quiso aceptar la estafa; pero en la trama, que en parte se puede realizar todavía, es usted una de las víctimas de Avendaño.

EL MARQUÉS.—¡Pero si es cierto, ahora hago yo prender á Avendaño en esta casa y ó me devolverá mi dinero ó irá á la carcel! Nó; me lo devolverá. El es millonario (*riéndose*) no faltará en donde cobrarse. (*Riéndose.*) Pero hombre ¡qué comedia se trae usted!

ANDRÉS.—Se equivoca usted. Cuando vaya usted á cobrar no

encontrará una peseta. Si hoy don Justo Pimentel se arruinó pagando hasta el último céntimo, mañana don Diego de Avendaño quebrará, sin pagar á nadie, porque su quiebra será fraudulenta, y todo lo que tiene está en lugar seguro.

EL MARQUÉS.—¡Ah bribón!

ANDRÉS.—¡No! ¡caballero! ¡si usted lo decía anoche!..... Présteme atención. La casa de Neully, que ha quebrado en París, se ha puesto de acuerdo con Avendaño. Este quería que don Justo no pagara á nadie, por que toda su existencia en metálico podría aparecer, en combinación con Avendaño, como depositada en casa de los Neully. Pues bien: los cien mil duros de la Marquesa, aparecen ahora en las cuentas de esa casa quebrada. Usted dió orden á Pimentel de pagar á Avendaño ¿no es verdad? Don Justo pagó. Su responsabilidad está á cubierto de toda duda. Quien le responde á usted es Avendaño. ¿No es cierto? Pues yo soy el que responde ahora de que ese dinero está perdido, si usted se descuida, porque no hay constancia de otra cosa sino de que perteneciendo á don Diego de Avendaño, éste lo había depositado en el banco en quiebra de París..... Pero tenga usted serenidad, el dinero no ha caído todavía, aunque le parezca á usted increible, en manos de Avendaño. Ese es mi secreto.

EL MARQUÉS.—¿Dónde está?

ANDRÈS.—¡Ah! El dinero está bien guardado.

EL MARQUÉS.—¡Hable usted!

ANDRÉS.—¡El que debe hablar es usted!

EL MARQUÉS.—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Apiádese usted de un pobre padre! ¡Esa es toda nuestra fortuna! ¡Sin ella, nos aguarda la ruina! ¡Mi hijo! ¡Qué será de mi hijo! ¡Hable usted por el amor de su madre!

ANDRÉS.—¡El matrimonio de Luisa!

EL MARQUÉS.—¡Sea! ¡Pero mi fortuna!

ANDRÉS.—Ahora, llame usted á Avendaño.

ESCENA IV

LOS MISMOS Y AVENDAÑO. (*El Marqués sale y vuelve con Avendaño.*)

EL MARQUÉS.—(*A Avendaño.*) Señor Avendaño, venga usted, ¡venga usted!

AVENDAÑO.—(*Al ver á Andrés.*) ¡Otra vez ese hombre!

ANDRÉS.—Tome usted asiento. Marqués usted aquí á mi derecha. (*A Avendaño.*) Usted aquí á mi izquierda. (*A uno y á otro.*) ¡Calma! ¡calma! (*A Avendaño.*) ¡No hay nada que temer, serénese. (*Al Marqués.*) ¡Calma! ¡Está usted seguro!

EL MARQUÉS.—(*Con espanto.*) ¡Pero Dios mío! ¡Si Avendaño ha cojido el dinero!

AVENDAÑO.—(*Con dignidad.*) Señor Marqués esta escena..... ¡En su casa!..... ¡Esas frases! (*Levantándose.*)

ANDRÉS.—¡Calma! ¡Calma! Le repito que no hay temor. Hace ocho años, señor don Diego, sí estuvo usted en peligro; pero hoy nada le pasará si es usted razonable.

AVENDAÑO.—¡Marqués, usted consiente que este hombre en su propia casa!... ¡Marqués!... ¡Esta escena inesperada!...

EL MARQUÉS.—¡Pero hombre, acabe usted de oir por el amor de Dios!

ANDRÉS.—Señor Avendaño, dentro de pocos momentos usted vendrá conmigo y juntos traeremos al Marqués de Urrutia los cien mil duros que él le entregó hace tres días!

AVENDAÑO.—(*Con dignidad.*) ¡Si el Marqués consiente ese lenguaje, yo no estoy dispuesto á tolerarlo! El Marqués me ha entregado esa suma, honrando con alta é inmerecida confianza mi talento financiero, más basta la menor duda para que yo en el acto devuelva el depósito y exija en seguida á usted, señor Ramírez, satisfacción cumplida de su actitud y sus palabras..... (*Hace que se vá.*)

EL MARQUÉS.—(*Deteniéndole y dándole el brazo.*) ¡Nó, hombre, nó! Lo que es usted no vá solo. ¡Iremos los tres! ¡Yo tendré el gusto de acompañarle!

AVENDAÑO.—¡Marqués! ¡Usted es el mismo que me hablaba hace poco!

EL MARQUÉS.—¡El mismo, amigo mío, el mismo, y le repito que acabo de convencerme, con más certeza que nunca, que desde los tiempos de Cabarrus acá, no hay otro financiero más conspicuo que usted en toda España! Pero acabemos. ¿Dónde está el dinero?

ESCENA V

LOS MISMOS Y LUISA. EL CRIADO.

EL CRIADO.—La señorita Luisa Pimentel.

ANDRÉS.—¡Luisa aquí!

EL MARQUÉS.—¡Hable usted!

ANDRÉS.—(*Al criado.*) ¡Qué pase!

(*El criado sale y en seguida entra Luisa.*)

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) ¡Oh rábia! Han tramado una conspiración y me han cojido en sus redes! (*Entra Luisa.*)

LUISA.—¡Ramírez! (*Pausa.*) Noble amigo; para usted ¿qué secretos puede tener esta desgraciada?

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) Si yo pudiera arrancar á ese hombre mi salvación y luego castigarlo! (*A Avendaño sin soltarlo.*) ¿Quién tiene el dinero en fin?

AVENDAÑO—Don Justo Pimentel.

EL MARQUÉS.—¡Estoy perdido! ¡El lazo es admirable!

LUISA.— Señor Marqués: yo no vengo á esta casa á implorar conmiseración ni á mendigar reparaciones. (*Alzando la frente con altivez.*) Yo quiero únicamente hablar con Jorge una palabra.....

ANDRÈS.—Luisa, es inútil ya. El Marques acaba de otorgar el consentimiento para la boda de Jorge con usted. Yo me encargaré de arreglar hoy toda la documentación y en breve se casarán ustedes.

LUISA.— Pero... ¡yo sueño!...

ANDRÉS.—Conteste usted Marques.

EL MARQUÉS.—(*Como quien hace un esfuerzo.*) Sí, es verdad. Pero el dinero.....

ANDRÉS.—Al firmar usted la escritura, señor Marqués, recibirá el dinero de la Marquesa, más doscientos mil duros más. Ya lo vé usted insigne hacendista; en vez de cien mil duros de pérdida, doscientos mil de ganancia.

AVENDAÑO—(*Aparte.*) ¡Negocio redondo!

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) Lucho entre mil encontradas ideas. Estos miserables triunfan, triunfan! ¡Qué vergüenza! Pero si yo no consiento ¿cuál será mi suerte? Pero el escándalo, el escándalo! Después que mi mujer ha dicho á todo el mundo que Ramírez es el amante de Luisa!... ¡Y lo será sin duda! ¡Lo será!.....

ANDRÉS.—(*Al Marqués.*) No piense usted un instante más. Llame usted á Jorge.

LUISA.— Pero... ¡Dios mío!... ¿Qué es esto? Ramírez ¿yo sueño? ¿Pronto el matrimonio? ¿Mi padre no se enterará de mi deshonra?

ANDRÉS.—El Marqués irá esta tarde conmigo á casa de don Justo, á darle toda clase de satisfacciones y don Justo, que siempre perdona, perdonará ahora, por usted, Luisa!

LUISA.— ¡Cielos! ¡Andrés, usted sabe que ese matrimonio me importa, solamente por mi padre, porque preferible

era para mí la reclusión en un convento á vivir con un hombre á quien amé hasta anoche con amor inmenso; pero á quien desprecio desde anoche con toda mi alma!

EL MARQUÉS.—*(Aparte)* ¡Y yo lo oigo!

LUISA.—Yo no comprendo todavía lo que en esta casa ha sucedido. Yo vine aquí para probar, por última vez, si el hombre á quien todo lo he sacrificado, tenía siquiera una última fibra de generosidad en el corazón, no para cumplir un deber, no para cumplir un juramento, sino para salvar del más hondo de los dolores los últimos días de un noble y desgraciado anciano... Pocas, pocas esperanzas abrigaba y al haberlas perdido aquí habría decretado mi muerte antes de causar la muerte de mi padre.

ANDRÉS.—¡Luisa!

LUISA.—Sí; pero ahora usted me ha salvado... ¡Usted, el angel protector de nuestra casa, usted el más grande, el más sublime de los hombres!

ANDRÉS.—(*Enternecido.*) Gracias... gracias, Luisa. Yo cumplo mi deber. Pero no perdamos tiempo... (*Al Marqués.*) ¡Qué venga Jorge!...

EL MARQUÉS.—(*Aparte y cerrando los puños.*) ¡Cuánta humillación!

EL CRIADO—(*Al Marqués*) Don Justo Pimentel solicita al señor Marqués urgentemente. Dice que le es imposible aguardar y que se trata de un asunto muy importante.

LUISA.—¡Mi padre! (*Espantada.*) ¡No quiero que me vea!

ANDRÉS.—(*Al criado.*) Dígale usted que el Marqués no está en casa!

EL MARQUÉS.—(*Aparte.*) ¡No sabe que están aquí! (*Al criado.*) Dígale usted que entre. (*El criado sale.*)

ANDRÉS.—¡Ah! ¡Por aquí! (*Empuja á Luisa á la primera habitación de la derecha y cierra la puerta. En el mismo instante aparece en el fondo don Justo Pimentel.*)

ESCENA VI

LOS MISMOS Y DON JUSTO.

D. JUSTO.-(*A Andrés.*) Amigo Ramírez, usted perdone que haya venido sin esperar su vuelta: usted tardaba y yo soy algo impaciente en estos asuntos.

ANDRÉS.—(*Con sangre fría.*) Mi tardanza es explicable. El Marqués, el señor Avendaño y yo tratábamos de

otro negocio de interés. ¿Crée usted que no me ocupo también de mis propios asuntos?

D. Justo.—Hace usted bien. Aunque el triunfo ó la desgracia no dependen de la voluntad del hombre, el que no trabaja por el triunfo merece la desgracia... No interrumpiré á ustedes mucho tiempo. Lo que necesito decir al señor Marqués es breve y no tengo inconveniente en que usted lo oiga, puesto que usted lo sabe, ni tampoco el señor Avendaño puesto que casualmente se requiere su presencia. El entrar yo en esta casa, señor Marqués, podrá extrañarle, porque usted anoche públicamente me dijo que todo había concluido entre nosotros y no soy yo, por cierto, el llamado á satisfacer en este caso. Pero si todo ha concluido en cuanto á las relaciones personales entre el Marqués de Urrutia y don Justo Pimentel, todo no ha concluido, entre Pimentel el banquero y el Marqués de Urrutia su cliente...

Andrés.—(*Aparte.*) ¡Va á destruir mi obra!

D. Justo.—Esta mañana, señor Marqués, al hacer mi último arqueo, he encontrado en mi caja cien mil duros de más, que aun cuando aparecen pertenecer á otra persona, son en realidad de usted: usted me dió orden hace tres días de entregar ese dinero á don Diego de Avendaño que le otorgó por él un recibo; Avendaño dejó el dinero en mi casa y esta mañana se ha presentado á recogerlo; pero como quiera que la misma suma aparece, indebidamente en París, entre las deudas de la casa de Neully á la mía, no he querido hacer la entrega, sin decirle lo que pasaba. Mejor dicho, creo lo más acertado entregar á usted esa cantidad, porque usted es su legítimo dueño, en presencia de don Diego de Avendaño y usted entonces ó la dará de nuevo á él ó resolverá lo que tenga por conveniente: ya mi responsabilidad habrá terminado.

Avendaño.—(*Aparte.*) ¡Nécio!

D. Justo.—Supliqué á mi amigo el señor Ramírez que viniera á poner el hecho en conocimiento de usted (*al Marqués*) y aguardaba su respuesta, más como tardó tanto, usted no llegaba á buscar lo suyo y yo pienso salir de Madrid esta noche, me he resuelto á venir en persona con el dinero y aquí estoy.

Andrés.—Don Justo, usted no puede entregar ese dinero ahora al Marqués.

D. Justo.—¡Cómo! ¡No me consta que es suyo!

ANDRÉS.—Mejor dicho usted no debe.

D. JUSTO.-¡Que yo no debo devolver á su dueño lo que no me pertenece!

ANDRÈS.—Usted no debe!

D. JUSTO.--(*Con severidad.*) Amigo Ramírez, ó usted no es el mismo á quien yo he conocido siempre, ó usted ha perdido el juicio!

ANDRÉS.—Todo es posible. Hace un rato me decía lo mismo el señor Marqués... Pues bien; locura ó no locura (*resueltamente*) usted no entregará ese dinero mientras yo tenga vida...

D. JUSTO.--¡Cierto, se ha vuelto loco!...

ANDRÉS.—(*A don Justo.*) ¡El loco eres tú; que labras sin saberlo tu ruina!

ESCENA VII

LOS MISMOS. JORGE.

JORGE. — ¡Padre mio! ¡Estas voces!

EL MARQUÉS.—Nada pasa, Jorge, no temas.

D. JUSTO.--Señor Avendaño; los cien mil duros de la Marquesa de Urrutia, que usted me pidió esta mañana....

AVENDAÑO—(*Con dignidad.*) ¡Para devolverlos al señor Marqués, caballero!

D. JUSTO.-Pues bien: aquí los tiene el señor Marqués... (*Saca un paquete de billetes y los entrega á Urrutia, apartando á Andrés con la mano izquierda. El Marqués se lanza precipitadamente sobre la mesa y cuenta el dinero.*)

EL MARQUÉS.—¡Sí! ¡Veinte mil! ¡Treinta mil! ¡Cincuenta mil! ¡Cien mil! ¡Sí! ¡Sí! ¡Esto es! (*Mientras cuenta Andrés se le acerca.*)

ANDRÉS.—Urrutia, cumple tu palabra! Ya has visto la nobleza de ese anciano! (*El Marqués alza la cabeza y lo mira un momento con odio.*) ¿No quieres? (*bajo.*)

EL MARQUÉS.—¡Ahora, ni por todo el oro de la tierra!

ANDRÉS.—¡Tiembla ante mi venganza!

EL MARQUÉS.—¡Qué me importa la tuya, si tengo ya la mía! ¡Andrea! ¡Juana! (*Dirigiéndose á la izquierda.*) ¡Que venga todo el mundo, los criados también!

ESCENA VIII

LOS MISMOS. LA MARQUESA. LA BARONESA. LAS SRAS. DE AVEÑDAÑO Y MARTÍNEZ. AZUCENA. LOS CRIADOS. LUEGO LUISA.

EL MARQUÉS.—Todos, todos aquí. Quiero que me sirváis de

testigos, porque ahora mismo voy á mandar á buscar al juez!

ANDRÉS.—¿Qué intentas, miserable?

EL MARQUÉS.—Señores: vais á ser testigos de cómo don Andrés Ramírez, ese que veis ahí, ha venido á esta casa para que yo, el Marqués de Urrutia, consienta, por dinero, en el matrimonio de mi hijo, con Luisa Pimentel!

D. JUSTO.—¡Qué habla ese hombre!

EL MARQUÉS.—¡Por qué tratan estos miserables de cubrir con mi nombre su deshonra, porqué creen posible que el hijo del Marqués de Urrutia sea el marido de la querida de Andrés Ramírez!

(*Mientras el Marqués habla, don Justo adelanta lentamente hacia él en ademán terrible; pero se detiene como quien vá á caer, apoyándose en una silla.*)

ANDRÉS.—¡Mentira! ¡Mentira!..... ¡Ese hombre no ha dicho esa infamia!... No puede decirla! ¡Yo no la he oido! ¡Estoy loco! ¡Sí! ¡Teneis razón!

D. JUSTO.—¡Sí! ¡Este hombre no ha podido decir eso..... ni yo he podido oirlo..... ni él puede vivir después de haberlo dicho..... y sin embargo, él lo ha dicho y yo lo he oido y él vive!... .. (*Volviéndose de repente.*) ¡Ramírez! ¡Este hombre miente! ¿No es cierto? ¡Este hombre miente!

LUISA.—(*Precipitándose desde la habitación de la izquierda y cruzando por delante de todos.*) ¡Sí, miente! (*Don Justo al verla da un grito. Luisa agarra violentamente á Jorge.*) ¡Habla! ¡Tú!

LA MARQUESA.—¡Jorge, hijo mío!

AZUCENA.—¡Jorge!

LUISA.—¡Habla! (*Sacudiéndolo.*)

D. JUSTO.—(*Con voz ahogada.*) ¡Luisa! ¡Lui...sa! (*Cae.*)

LUISA.—¡Te he matado! (*Abrazándolo.*) ¡Padre! ¡Padre!

D. JUSTO.—¡Tú!... ¡Tú! (*Muere.*)

ANDRÉS.—(*Acercándose rápidamente á don Justo.*) ¡Muerto!

TODOS.—¡Muerto!

(*Se retiran espantados hacia al fondo formando cuadro, menos Luisa, que sigue abrazada á don Justo y Andrés, de pié á su lado.*)

ANDRÉS.—¡Providencia! ¡Si es verdad que premias al bueno en otra vida, porqué en esta permites el triunfo de los infames!

FIN DEL SEGUNDO ACTO

EPILOGO

Sala en un hospital. Una cama á la izquierda, al lado de una ventana cerrada. Junto á la cama una mesa y sobre la mesa una campanilla, un vaso y un jarro de agua. LUISA, profundamente demacrada y enferma, sentada en un sillón.

ESCENA PRIMERA

LUISA. EL DOCTOR.

LUISA. — ¡La muerte se-aproxima, Doctor y no sabe usted cuanta alegría me produce verla llegar!... ¡Yo soy muy desgraciada y hace seis años era tan feliz! ¿Usted no crée en la fatalidad? ¿Usted no crée en que hay seres nacidos para el infortunio y que forzosamente han de morir en él? Se dice siempre que cada uno es el autor de su propia ruina; pero el yerro que comete el afortunado es falta que tiene enmienda y la falta cometida por el desgraciado es crimen que castiga con crueldad el destino! (*Pausa.*) ¡Y cuánta ha sido conmigo esa crueldad! ¡Hasta en la hora de la muerte me persigue implacable condenación y veo triunfantes á todos los que me empujaron al abismo, como si la Providencia quisiera decirme con eso, que yó, sola yó, soy la infame y ellos, los buenos y los justos. (*Llora.*) ¡Ya usted vé, buen Doctor, todavía tengo lágrimas!

EL DOCTOR.—¡Pobre amiga mía! ¡Su historia debe ser bien triste!.....

LUISA. — ¡Horrible! ¡Horrible! (*Echándose de espaldas sobre el sillón.*) ¡Ay!..... ¡Qué dulce me es ahora volver la vista atrás y recordar las miserias de mi existencia! Seis años he pasado ríendo: mis desgraciadas compañeras,

en esa vida de ludibrio y vergüenza en que pude olvidarme hasta de quien era, me llamaban *La Risa*, *Juana la Risa*, como usted me conoce también... Pero ¡ay! el que rie olvida su dolor sólo un momento para tenerlo otra vez con más violencia, como el que toma esa morfina que usted suele darme, Doctor, aunque no tanto como yo quisiera...

EL DOCTOR.—(*Con dulzura.*) ¡Ah! Si yo accediera á todo lo que usted me pide...

LUISA. — (*Como abstraida.*) ¿La muerte duele mucho, Doctor? (*El Doctor sonríe.*) ¡Ay! ¡Por qué yo no me acabaré de morir!

EL DOCTOR.—¿No recuerda usted que me ha prometido ser muy juiciosa? ¿Ya falta usted á su palabra? Entonces me veré obligado á no volver hoy por aquí...

LUISA. — (*Suplicante*) ¡Nó!

EL DOCTOR.—Ni á permitir que venga á visitarla una persona...

LUISA. — (*Con avidez.*) ¿A mí? ¿Quién?... ¿Ramírez? ¿Usted lo ha encontrado?

EL DOCTOR.—¡Cálmese! ¡Cálmese! (*Luisa lo mira con ansiedad.*) Sí, lo he encontrado y ha recibido la carta que usted le escribió.

LUISA. — ¡Gracias! ¡Gracias! (*Llorando.*) Doctor, estas lágrimas no son de dolor, son de felicidad!

EL DOCTOR.—No se emocione usted tanto: puede volverle el ahogo, y...

LUISA. — Bien, Doctor... Pero ¿crée usted que mi pobre corazón enfermo, no encuentra alivio en la alegría?...

EL DOCTOR.—¡Usted siempre igual! ¿Quién le ha dicho que está enferma del corazón?

LUISA.— El mismo. ¿Crée usted que él no me lo dice? ¿Crée usted que cuando me ahogo, no es el corazón lo que siento en la garganta?

EL DOCTOR.—¡Sensación nerviosa!

LUISA. — ¡Ay! ¡Doctor! ¡No quiera usted engañarme: si á mi no me importa!

EL DOCTOR.—Yo no la engaño... Juana. (*Levantándose.*) Tengo que dejarla ahora. La casa reclama mi atención hoy más que nunca. Cumplen dos años de la fundación de este instituto y la fiesta comenzará dentro de poco. Puede ser que la Directiva pase visita y hasta tal vez vinieran aquí...

LUISA. — (*Suplicante.*) ¡Doctor, no los deje usted venir! ¡No los deje usted entrar!

EL DOCTOR.—Yo haré lo posible, lo posible. Pero la Baronesa

de Ruibal es una mujer de tenacidad tan insoportable.....

LUISA. — ¡La conozco! Ella se complace en presidir estas sociedades filantrópicas, no por aliviar el infortunio, sino por gozarse contemplándolo de cerca!... ¡Dios mío!.... ¡Qué triste ha sido mi destino al parar en esta casa!

EL DOCTOR.—Tenga usted paciencia Juana. (*Con dulzura.*) Pronto podrá usted salir, completamente buena.

LUISA. — ¡Buena!... ¡Buena!... ¿Para qué? El estar buena no me importa: lo que me importa es que el mundo me tome por buena, si yo vuelvo á serlo. ¡Ay, pero yo no he sido mala nunca, Doctor!... A mí otros me arrojaron al fango... Si yo no podía hacer otra cosa... A mí me hicieron pecadora.... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuándo dejaré de sufrir!... ¡La espiación no lava la culpa!

EL DOCTOR.—(*Enternecido.*) Juana, serénese usted; no permitiré que ninguna persona que haya de causarle desagrado entre en esta casa.

LUISA. — (*Le dá la mano.*) Usted es bueno, ¿verdad?

EL DOCTOR.—Adios, hasta luego. ¡Sea usted razonable!...

LUISA. — ¡Adios, Doctor!

(*El Doctor sale.*)

ESCENA II

LUISA, SOLA.

LUISA. — ¡Cuánta lástima debo inspirar yo á todo el que tenga en el alma un átomo siquiera de caridad, cuando este hombre, acostumbrado, á ver los dolores humanos, se detiene en mi camino á compadecerme!..... ¡Ah! ¡Yo soy muy culpable, yo soy muy vil; pero, Dios mío, he recorrido ya el *via crucis* con mi pesada carga de sufrimientos y el rostro azotado y escarnecido! (*Pausa.*) ¡Hoy viene él! ¡El corazón me lo dice! ¿Tendré fuerzas para resistir su mirada cuando me encuentre en esta situación y me vea en esta casa? Mas ¡qué pregunta! ¡A mí faltarme fuerzas! ¡A mí que pude resistir la última mirada de mi padre, y que todavía, después de resistirla, pude vivir para arrastrarme por el fango! (*Pausa.*) ¡Pero nó! El podría preguntarme, porqué no le escribí y le llamé antes, cuando todavía era á su juicio mujer buena; aunque los demás, todos los demás, me man-

cillaran y calumniaran... ¡Hoy!... ¡Ni siquiera para él!... ¡Hoy todos tienen razón!... ¡Nó! ¡Nó! ¡Que no venga!... ¡Qué no venga! ¡Doctor! (*Llamando.*) ¡Doctor! (*Se levanta, haciendo un esfuerzo para tocar la campanilla que debe estar sobre la mesa junto á la cama.*) ¡Esa campanilla!... ¡Tan lejos!... ¡No puedo!... (*Vuelve á caer en el sillón.*) ¡Nécia de mí! ¿Para qué decirle que no venga, si de todos modos no ha de encontrarme?... (*Pausa.*) Sí; no es posible que él llegue hoy: no está en Madrid: el doctor habrá tenido que enviarle la carta lejos... muy lejos... y la muerte está cerca... ¡muy cerca!

ESCENA III

—

La Hermana de la Caridad y Luisa.

Hermana.—¿Llamaba usted, hermana?

Luisa.— ¡No!... ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Es que no puedo abrir aquella ventana y quisiera un poco de aire!

Hermana.—(*Aparte.*) ¡Qué mal parece! (*Alto.*) ¿No quiere usted hermana, los auxilios de un padre espiritual?

Luisa. —(*Aparte.*) ¡Ha visto que voy á morir! (*Alto.*) ¡Gracias!... ¡Nó! ¡Si me siento muy bien! El doctor me ha dicho que hoy podré salir... ¿Quisiera usted abrir esa ventana, hermanita?

Hermana.—(*Aparte.*) Los médicos hacen todo lo que pueden porque los enfermos no se confiesen. Voy á poner el caso en conocimiento de la señora Baronesa. (*Suena á lo lejos un órgano.*)

Luisa.— ¿Qué música es esa?

Hermana. –Es de la fiesta en la capilla. ¿No sabe usted que hoy es el segundo aniversario de la fundación de esta casa?

Luisa.— ¡Ah! ¡Sí; pero ese órgano preludia un responso!

Hermana.—Son las honras fúnebres que se celebran todos los años por el alma del fundador.....

Luisa.— ¡Don Diego de Avendaño!

Hermana.—¡Sí, el gran banquero!.. ¡Qué bueno! ¡Qué bueno era! El facilitó á la Baronesa de Ruibal, el dinero para este instituto... ¿No lo sabe usted?..... Todos los periódicos hablaron de ese rasgo de filantropía... ¡Ay!... Porque la Baronesa, la Baronesa es también muy buena..... ¿No la conoce usted? ¡Se desvive por los pobres!... Pero ¿usted qué tiene? Usted se ahoga!...

Voy á llamar al padre!..... ¡Ay! Pero, ahora está en la capilla..... ¡aguarde usted un momento!.....

LUISA. — ¡Nó, si no es nada..... hermana..... No es nada..... Ya ha pasado..... ¿No vé usted que no es nada?

HERMANA.—¿Se siente usted mejor? ¿Quiere un poco de agua? (*Le dá un vaso.*)

LUISA.— (*Después de beber.*) ¡Gracias!..... Siga usted, siga usted, hermana, hablándome de don Diego de Avendaño.

HERMANA.—La hija de don Diego, es riquísima Cuando se casó la dote fué de más de un millón de duros..... ¡Y el marido!..... Don Jorge; ¡tan bueno, tan bueno, también!

LUISA. — Jorge Arencibia, hijo del Marqués de Urrutia.....

HERMANA.—El mismo..... el mismo..... Aquí están hoy..... (*Luisa se incorpora*) en la fiesta..... El regaló la Capilla.....

LUISA. — ¿También está ahí Azucena?

HERMANA.—La misma..... la misma..... ¿Usted la conoce? ¿quién no la conoce en Madrid? ¡Usted está muy pálida! ¿Le ha vuelto el ahogo?

LUISA.— Nó..... ¡nada! ¿Y Jorge es muy feliz en su matrimonio?

HERMANA.—¿Quién?..... ¿El señor de Arencibia? ¡Muy feliz, hermana, muy feliz! Pero la gente que es tan buena ¿puede dejar de ser feliz en este mundo? Tienen dos niños que parecen dos ángeles ..... ¡Ay! ¡Pero usted está muy mala! ¡Déjeme usted llamar!.....

LUISA. — ¡Aire, hermana! ¡Aire y reposo!

HERMANA.—(*Aparte.*) Esta se muere. (*La mira fijamente.*) ¡Y si no hablo pronto á la Baronesa, se muere sin confesión. (*Váse corriendo.*)

ESCENA IV

LUISA SOLA

LUISA. — (*Mirando la ventana cerrada.*) ¡Aire!..... ¡Luz!..... ¡Qué horrible morir en las tinieblas! ¡Tengo miedo! ¡Tengo frío! ¿Por qué no viene Andrés? ¡Ellos aquí, ellos aquí y Andrés tan lejos! ¡Padre! ¡Padre! (*Alzando los ojos y uniendo las manos.*) ¡Yo falté á mi deber, yo te causé la muerte, padre mío; pero tú que eras tan bueno y que ves ahora cuanto sufro, tú, padre, perdonarás á tu pobre Luisa! (*Pausa.*) ¡Ay! ¡Me

encuentro mejor! He sentido algo inefable sobre mi frente: un beso del cielo en un rayo de luz! (*Queda adormecida.*)

ESCENA V

LUISA. EL DOCTOR Y LA BARONESA *(en el fondo.)*

EL DOCTOR.—Señora, es imposible. Yo respondo de esa pobre enferma y mi deber es evitar lo que pueda matarla. Ella no ha de morir hoy si la dejan tranquila, pero una emoción violenta puede traer un desenlace fatal.

LA BARONESA.—Yo presido esta institución de caridad y al salón de la fiesta han ido á avisarme que una asilada, de vida pecadora y en peligro de muerte, se opone á la salvación de su alma. Yo necesito verla. La caridad me lo ordena: déjeme usted cumplir con mi deber.

EL DOCTOR.—Señora, no impida usted que yo cumpla con el mío.

LA BARONESA.—(*Imperativamente.*) ¡Yo soy la Presidenta de la institución, usted es un empleado y yo le ordeno que me deje pasar!

EL DOCTOR.—(*Inclinándose.*) Señora, desde este instante, admita usted mi dimisión. (*Vase: la Baronesa se adelanta sin responderle, y se acerca á Luisa.*)

ESCENA VI

LA BARONESA Y LUISA.

LA BARONESA.—Vamos á ver, hija mía, tenga usted juicio. Usted está muy mala; ¿por qué se niega usted á recibir el sacramento?

LUISA.—¡Pero yó..... ¡señora! ¡Yo no me he negado!..... Yo he dicho que ahora estoy bien..... qué luego puede venir el *padre*..... No hay tanta prisa..... y ahora él está ocupado.

LA BARONESA.—Es verdad, es verdad, hija..... Me alegro, me alegro..... Así podrá usted prepararse mejor..... ¡Tendrá usted tanto que decir! Hija mía ¿por qué usted antes de venir á esta casa, no se acogió, cuando estaba buena, á la *Hermandad de la Redención*, esa admirable sociedad que recoje á las mujeres perdidas y les dá trabajo y las prepara á la virtud?

LUISA. — ¡Señora, yo no he venido á esta casa!

LA BARONESA.—¿Cómo?

LUISA. — ¡A mí me recojieron en la calle!

LA BARONESA.—¿Borracha?

LUISA. — (*Incorporándose.*) ¡Señora!

LA BARONESA.—No se ofenda, no se ofenda usted, hija mía. Las mujeres de su clase suelen cometer esos excesos..... La falta de moralidad, el impudor.....

LUISA. — (*Volviendo á caer en el sillón.*) ¡Si ya no puedo tener ni energía! ¡Padre, padre! ¡Este es mi castigo! ¡Todo lo merezco!.....

LA BARONESA.—Usted, hija, carecería de buenos ejemplos en la infancia. Su madre.....

LUISA. — ¡Yo no conocí á mi madre, señora! ¡La perdí al nacer!.....

LA BARONESA.—Pues justo, justo, lo que yo decía. Entregada usted únicamente al ejemplo de un hombre, en este siglo de corrupción y podredumbre, ¿cual otra iba á ser su suerte, desgraciada? ¿Por qué su padre no la encerró á usted en un convento, para que no presenciara en sus primeros años, las escenas de ludibrio y escarnio de los más castos sentimientos que usted habrá presenciado, sin duda alguna?

LUISA. — Señora, mi padre fué el ser más bueno de la tierra. ¡Si la bondad se aprendiera, yo hubiera sido con su ejemplo una santa!

LA BARONESA.—Sí, hija, sí, no lo dudo, no es que haya querido ofenderle; pero comprenda usted que cualquiera que haya sido su carácter, mucha culpa le cabe de la suerte de usted.....

LUISA. — ¡Señora, yo fuí seducida por un hombre!

LA BARONESA.—¡La romántica historia de *Fantina!* ¡Eso dicen todas! ¡Seducida! ¡Valiente disculpa! ¡Cómo que si usted no hubiera querido, iba á existir en el mundo un hombre capaz de engañarla!

LUISA. — ¡Señora, yo era muy joven y yo creía que ese hombre me amaba!..... Pero tiene usted razón: yo falté, yo falté..... ¡Mi padre murió del dolor!

LA BARONESA.—(*Aparte.*) ¡Esa voz! ¡Su aire distinguido! ¡Qué recuerdo! Pero..... ¡imposible! (*Alto.*) Y después..... después..... ¿Por qué no lavó usted su culpa con una existencia ejemplar? Si su padre murió ¿no tenía usted amigos que hubieran podido aconsejarla? ¿No reclamó usted la inspiración de Dios?

LUISA. — ¡Dios! Él no se mete en esas cosas. Èl lo ha dicho:

«Mi reino no es de este mundo.» ¡Amigos! ¡Amigos ¡Solo uno, señora!..... ¡Un hombre!.....

LA BARONESA.—Sí el seductor.....

LUISA.— Nó, otro, señora, otro que no fué mi amante nunca, que fué víctima, por la falta que yo cometí y por querer hacerme bien, de una calumnia atroz... Otro, señora, por cuya voluntad no moriría yo en esta casa..... Señora, yo huí de ese hombre, porque no me parecía ni justo, ni digno, que amparándome de él, apareciese ante la sociedad, que la sociedad tenía razón. ¿Qué quiere usted, un mal cálculo mío, no es verdad? Yo había sido muy mimada, yo tenía mucha altivez..... ¡Yo huí de Madrid cuando nació mi hijo!...

LA BARONESA.—¿Usted tuvo un hijo?

LUISA.— ¡Sí, que murió, señora, de frío y de miseria! ¡Ah! ¡Entónces, sí, señora, entonces sí que busqué yo á ese amigo; pero no pude encontrarlo!..... ¡No pude!..... Él también parece que huyó lejos..... y como mi hijo se moría, y yo no tenía ningún recurso..... y era el invierno, y había mucho frío y yo tenía, también, mucha hambre..... ¡Usted no sabe, señora, lo que es ver morir á un hijo de miseria y tener frío y tener hambre, y no tener nada en el mundo!..... Pasó un hombre, otro, cualquiera, y yó, señora, pequé y fuí mala, y seguí siendo mala, porque no podía ser buena, ni nadie me dejaba serlo..... (*Rompe en sollozos.*) ¡Mi hijo murió!..... ¡Yo intenté suicidarme!..... (*La Baronesa se persigna.*) Fuí llevada al hospital, me curaron, y volví á salir á la calle..... Pedí trabajo; no había..... Pedí asilo en una de esas casas de que usted habla; pero me obligaban á dar mi verdadero nombre, señora, el nombre de mi padre y yó..... ¡nó! ¡nó! ¡eso nunca! ¡yo no quise!..... porque me pareció que al inscribirse ese nombre en aquel libro que veo todavía espantada, él iba á maldecirme desde la tumba!..... ¡Y salí otra vez..... y me arrastré por el vicio y reí..... reí mucho..... me llamaban *La Risa*..... vea usted..... vea usted, señora, el libro de esta casa y encontrará ese nombre: yo soy *La Risa*..... (*ríe*) y río..... ¿por qué no he de reir, si veo que soy tan mala y los demás tan buenos, por qué no he de reir si me llamo *La Risa?*..... (*Ríe y cae de espaldas.*)

LA BARONESA.—(*Abriendo la ventana.*) Ha perdido el sentido.

(*Observándola.*) ¡Esa cara! ¡Sí! ¡No hay duda! ¡Es ella! (*Acercándosele al oído.*) ¡Luisa Pimentel!

LUISA. — (*Cómo sacudida eléctricamente.*) ¡¡Ay!! (*Se levanta y vuelve á caer muerta.*)

ESCENA VII

LOS MISMOS. EL DOCTOR Y LA HERMANA

LA BARONESA.—¡Le ha dado un ataque! ¡Hermana! ¡El Padre!

EL DOCTOR.—(*Acercándose á Luisa y examinándola rápidamente.*) ¡Yo se lo dije á usted, señora: ha muerto!

LA BARONESA.—¡Dios mío! ¡Pobre alma! (*Al Doctor.*) ¡Usted tiene la culpa! ¡Hermana! ¡Hermaña! ¡La vela! (*Sale.*)

LA HERMANA.—(*Con una vela encendida en la mano.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Se arrodilla junto á Luisa.*)

ESCENA VIII

LOS MISMOS. LA BARONESA, EL MARQUÈS, JORGE Y AZUCENA. (*Los últimos en el fondo van avanzando lentamente hacia el lado opuesto en que se encuentra Luisa.*)

LA BARONESA.— Lo que ustededes oyen: es Luisa Pimentel.

JORGE. — ¡Cielos! (*Aterrorizado.*)

AZUCENA. — ¿Y se ha muerto?

EL MARQUÉS.—¡Pero no dijeron que se había arrojado al via ducto!

ESCENA IX

LOS MISMOS. ANDRÈS

ANDRÈS.—(*Que entra por el fondo como quien viene de la calle.*) ¡Doctor!

EL DOCTOR.—¡Ah! ¿Usted será el amigo de esa desgraciada? ¡Señor Ramírez, acaba de morir! (*Señalando á Luisa.*)

EL MARQUÈS.—¡Ramírez!

(*El Marqués, la Baronesa, Jorge y Azucena dan un paso atrás.*)

ANDRÉS.—(*Se adelanta hacia Luisa.*) ¡Ella es!... ¡Luisa! (*Viendo al Marqués y á Jorge.*) ¡Vosotros también aquí! ¡La

perseguís hasta la muerte! ¡Cómo cuervos voláis sobre su cadáver! ¡Mi voz es la voz de la conciencia! ¡Asesinos!..... ¡De rodillas!.....

(*El Marqués, Jorge y la Baronesa caen de rodillas. Se oye el órgano hasta que cae el telón. El cuadro debe estar formado de la siguiente manera: Luisa muerta á un lado; junto á ella, de rodillas, la hermana de la Caridad con la vela encendida en una mano; el Doctor junto á la hermana de la Caridad y Ramírez en medio de la escena señalando ese grupo á los demás personajes. Estos al otro extremo, en la sombra. Telón lento.*)

FIN DEL DRAMA